

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 13. — N° 89.

SUMARIO.

Exéquias de la Sontag en Méjico; grabado. — El Tirteo español. — Revista de Paris. — De las supercherías de la Rusia; grabados. — Margarita Pusterla. — Expedicion del Eúatico; grabados. — La Crimea. — Oda á la memoria de la célebre cantatriz Enriqueta Sontag. — Revista de la moda. — Episodios de viajes; grabados. — Fernando Póo. — Los infernos. — Monumento erigido á la memoria del Tasso; grabado.

Exéquias de la Sontag en Méjico.

Nos escriben de Méjico con fecha 20 de junio último la siguiente carta acompañada del dibujo que con ella publicamos:

*Mollia defecta modulatur carmina lingua
Cantator cyenus funeris ipse sui.*

Ha muerto Enriqueta Sontag... y en todo el brillo de su talento, léjos de la Europa que la eminente artista habia llenado con el ruido de sus triunfos, y que bien luego debia prodigarla nuevos aplausos; léjos de ese Paris tan querido de todos los artistas, donde la amable mujer pensaba fijar su residencia, léjos por fin, de los hijos, á quienes la tierna madre consagraba el fruto de sus tareas.

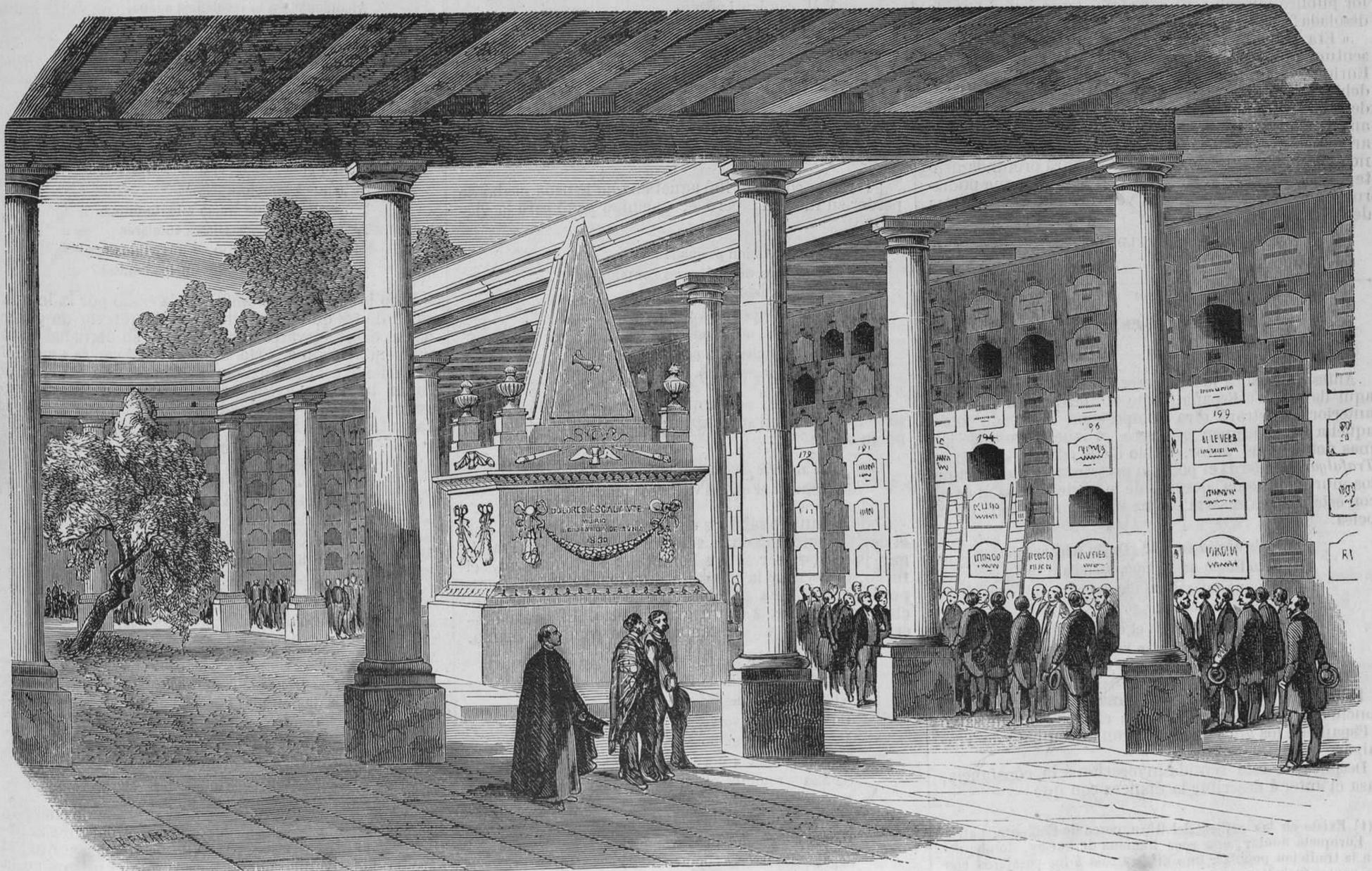
Ajustada en los Estados-Unidos por M. Masson, director del teatro de Santa Ana, la Sontag llegó á Méjico hará unos dos meses, con su marido el señor conde de Rossi. La inimitable prima-donna hizo su primera aparicion en la escena mejicana, con la *Sonnambula*, ópera que fué seguida luego de la *Hija del regimiento*,

el *Elisir*, el *Barbero* y *Otelo*; el entusiasmo que produjo fué inmenso, á pesar de la concurrencia de una compañía rival compuesta de buenos artistas italianos: con su admirable talento y su admirable actividad ella sola sostuvo la fortuna del teatro.

¡Cuántas horas hemos pasado como subyugados por los acentos de aquella cantatriz divina!

Pero ¡ay! aquellos prodigios de vocalizacion que nos extasiaban, aquellas gracias encantadoras, aquella mirada de un azul tan puro y tan suave, aquella hermosura respetada por el tiempo, todo eso debia ser arrebatado por el cruel azote que extiende sus destrozos sobre el mundo entero; ¡era el último canto del cisne que suspiraba Desdemona en el aria melancólica del Sauce, donde la grande artista parecia sentir su fin próximo.

En efecto, poco despues de aquella representacion,



Exéquias de la Sontag, en el claustro de San Fernando, en Méjico.

Enriqueta Sontag principió á sentir el mal que debía llevarla al sepulcro en pocos días. Al punto se esparció en la ciudad esta terrible noticia : « ¡La Sontag se muere! » Imposible sería pintar aquí el doloroso interés y las muchas señales de simpatía que se manifestaron inmediatamente en favor de la ilustre víctima del cólera. Se la cuidó con el mayor esmero, y hasta pareció que la enfermedad estaba ya vencida, cuando de repente se sintió también atacada por el tífus; no hubo remedio, el mundo perdió uno de sus principales adornos: Enriqueta Sontag espiró el 17 de junio á las tres de la tarde, y sus funerales se celebraron al otro día, que era domingo. Este día, el teatro de Oriente, que pertenece á la compañía rival, suspendió la representación anunciada, y en los días siguientes, los principales órganos de la prensa, como el *Siglo*, el *Heraldo* y el *Trait d'Union* se publicaron con orlas de luto.

La ceremonia fúnebre fué ordenada por los compatriotas de la artista. A las cinco se reunieron en casa de la difunta, calle de San Francisco, número 13, y la comitiva se puso en marcha para la iglesia de San Fernando que está á las puertas de la ciudad. Aunque en Méjico se acostumbra acompañar el carro en coche, todos siguieron á pié el féretro, que llevaban alternativamente treinta y dos miembros del Club alemán, en compañía de los señores Bordas y Rocco del teatro de Santa Ana; los artistas llevaban las borlas.

A la cabeza de la comitiva iban los coristas del teatro, y el carro, y luego seguían: la sociedad filarmónica francesa de Santa-Cecilia, el féretro cubierto con flores y una lira, los italianos de las dos compañías de ópera, los artistas y los escritores mejicanos, y en fin, un considerable número de extranjeros, entre los cuales nos confundimos para dar un postrer adiós á la que apenas habíamos tenido tiempo de conocer y amar.

Una larga fila de coches cerraba la comitiva, que no tardó en llegar. El clero fué hasta la puerta de San Fernando para recibir el cadáver, que se depositó en medio de la iglesia. Entónces principió el oficio de difuntos, cantado por los coristas que acompañaban á los músicos de ambos teatros.

Una vez el féretro en el panteón de la iglesia, el Club alemán entonó varios cantos fúnebres, y por último, cuando el cuerpo metido en una doble caja de madera y de plomo se halló depositado en el nicho del número 194, donde debe permanecer hasta nueva orden, los poetas quisieron también dirigir un último himno á la que tantos poetas habían cantado, y enviaron un adiós supremo á la musa de Alemania.

Todo estaba ya concluido... A las nueve de la noche la muchedumbre se deshizo conmovida y silenciosa. Fué en efecto un tierno espectáculo el ver tantas nacionalidades diversas unidas por un lazo de simpatía común, y no hay duda que aquella triste ceremonia dejará grandes recuerdos en Méjico, ciudad poco acostumbrada á ver tales honras hechas no á la fortuna ni á la grandeza, sino al carácter de la mujer y al genio de la artista... ¡Ojalá estos patentes testimonios de dolor público puedan consolar algún tanto á una familia desolada!

« Era reina y he bajado á condesa » decía como con sentimiento la Sontag, cuando su matrimonio. ¡Pobre Enriqueta! ¡Ignorabas entónces que veinte años despues debías apoderarte nuevamente de aquella majestad tan deseada para ir á morir en un suelo extranjero. Tu alma angélica ha subido hácia esas regiones celosas de las armonías que tú derramabas en la tierra; pero si tú no existes, al ménos tu recuerdo existirá profundamente grabado en el corazón de todos aquellos que pudieron embriagarse una última vez con los dulces acentos de la sirena del *Lurley*! (1).

G. BERTHAULD DESFONTAINES.

El Tirteo español.

II.

Antes de pasar á las numerosas citas que debo hacer aquí de la oda á España, como anuncié en mi artículo anterior, registraré otra composición inspirada como aquella por el número guerrero, y que es una de las mas notables del autor. Hablo de la oda al *Combate de Trafalgar*. Recuerda el poeta la presencia de Anibal ante los muros de Roma, despues de la victoria de Canas, y con este motivo ensalza lo que vale la constancia en la pelea.

¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién ácia el sólio,
Que Dido fundó un tiempo, sacudia
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zania el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?
La constancia.

Esta es la virtud que Quintana recomienda á sus conciudadanos, y esta virtud en efecto es la que salvó á España en los años que siguieron al combate de Trafalgar.

Despues de esta sentida invocación á la constancia, pasa el autor á describir la manera con que

(1) Existe en las orillas del Rhin, cerca de Coblenz, patria de Enriqueta Sontag, una roca llamada de *Lurley*, donde, segun la tradición popular, una ninfa atraía á los pasajeros con sus cantos melodiosos.

Se alzó el Breton en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,

y pone en boca de Nelson una proclama que termina con esta arrogante excitación :

Acordaos de Abukir : solo un momento
Llegar, vencer y devorarlos sea;
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Támesis me vea.

Pero si el poeta pinta de esta manera augusta la altivez de los ingleses, ¿qué hará cuando rinda el debido homenaje de admiración á sus compatriotas? Homero no presenta un rasgo mas sublime para describir el sereno esfuerzo de sus héroes que aquel en que Quintana retrata la marcial actitud de los españoles. Habló pues Nelson á sus soldados

. Ellos le siguen
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras :
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.

También aquí el poeta se deja arrebatado de la ira pintando con negros aunque no muy exagerados colores á los hijos de Albion, á los que dice « condenaron el mar á perpetua tiranía, » hermanando las pasiones del orgullo con las del interés. Esto es sin embargo lo que caracteriza al pueblo inglés. Veamos el modo con que el poeta describe los preliminares del combate :

. . . . La noche con su negro manto
Envuelve el mundo; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa espectación : el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera,
Y levanta en los aires su estandarte.
Responde á esta señal el hueco bronce
Con mortal estampido, el eco truena
Y por el mar llevándose bramando
Hasta en las costas de Africa resuena.
Vuelan movidas de rencor las naves
Con naves á encontrar.

Con sentimiento omitimos la descripción de la sangrienta lucha, que el autor resume despues en estos cuatro versos :

Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte así la envía.

¿Quién, dice luego, podrá pintar,

Las inclitas hazañas de aquel día?
El humo al sol se las robaba entónces,
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronce.

¡Terrible combate fué aquel en que España acabó de perder su marina; pero el enemigo pagó cara la victoria.

También Albion pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada.
También Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra
Que vil insulte á tu postrer suspiro :
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

Rasgo sublime, pensamiento digno del filósofo que soltó mas tarde en su magnífica tragedia de Pelayo esta noble sentencia :

« La muerte de un contrario, si es valiente,
Solamente el que es vil la solemniza. »

Todo el mundo sabe los elementos de destrucción que el destino combinó en la sangrienta batalla de Trafalgar para destruir á los hombres : la tempestad, el fuego, la noche y la metralla, funcionaban á un tiempo en aquel drama terrible en que se decidía por muchos años la suerte de un gran pueblo. El poeta describe estos estragos con tanta energía como laconismo.

Así el furor de Marte
Impele el brazo de la Parca, y siega
Vidas sin fin : lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden ;
Un volcan encendido
En cada buque ; por los aires vagos
Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay mas estragos?
Sí, que el cielo ominoso á tal porfía
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes,
Y en borrascosa noche hundir el día.

.....
Hiéndese el armazon, el Oceano
Por el roto entrepuente entra bramando ;
Y moribundo el español exclama :
« ¡Ah! ¡pereciere yo, pero lidiando! »

En la oda á Trafalgar, la musa siempre augusta del poeta Quintana canta como Homero un hecho histórico, un acontecimiento, y la valentía de las descripciones, la elevación de las ideas, la magnificencia de la entonación recuerdan dignamente los mas animados cuadros de la *Iliada*. En la siguiente composición, en la oda á España despues de la revolución de marzo, nuestro poeta se ostenta armado con el número de la épica inspiración; pero no es para contar hazañas que engrían el orgullo nacional, sino para preparar á los españoles á la pelea. Esta es la composición por la cual merece el poeta el dictado de Tirteo español : es quizá mas bien una proclama en verso que una oda; pero es la primera proclama que ha producido el ardor belicoso del hombre. Al recordar esta sublime excitación, la historia explicará mas fácilmente como la moderna Esparta triunfó de la colosal agresión que amenazaba devorar su independencia; porque en un pueblo donde brotan esos acentos de entusiasmo, germinan indudablemente aun las virtudes cívicas que admiramos en los tiempos heróicos. Empieza el autor en esta producción recordando lo que era su patria en los tiempos de esplendor; pero oigámosle, y no desvirtuemos sus grandes pinceladas con pálidos comentarios.

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su bláson divino?
Volábase á Occidente
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna :
Do quiera; en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España : el soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano.
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Oceano,
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Tal era la España en los buenos tiempos de la dinastía austriaca. ¿Qué cuenta dieron de este inmenso tesoro los reyes déspotas y la inquisición? ¿Qué vino á ser la primera de las naciones en los días á que el poeta se refiere?

Ora en el cieno del oprobio hundida;
Abandonada á la insolencia agena,
Como esclava en mercado ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¿Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro
La pestilente fiebre respirando
Infestó el aire, emponzoñó la vida.
El hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó : tres veces
De Jano el templo abrimos
Y á la trompa de Marte aliento dimos.
Tres veces ¡ay! los Dioses tutelares
Su ecudos nos negaron, y nos vimos
¡Rotos en tierra y rotos en los mares!

Pero la nación que tanto habia caído por la incapacidad de los que la esquilaban á pretexto de gobernarla, debía elevarse á la altura de su dignidad en un momento solemne. Esta ocasión llegó con la ambición impaciente del conquistador moderno que pensaba no hallar la menor resistencia, como acostumbrado que estaba á arrollar todos los obstáculos con que la Europa habia tratado de atajar su paso hasta entónces.

Llega el momento en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al Occidente
Y fiero exclama : « El Occidente es mio. »
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento,
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan :
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas ¡Oh, vergüenza! ¿Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis : grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.

No puede darse un ejemplo mas sublime de energética ironía; no es posible pintar con mas amargura la insolencia de los extraños, ni excitar con mas acritud el arrojo de los compatriotas. Parece que el mismo poeta se arrepiente de la severidad de su juicio y exclama,

confiado en el pueblo cuyo instinto belicoso no ha de ser refrenado por sus impotentes mandarines de otros tiempos :

Estremeci6se Espa1a
Del indigno rumor que cerca oia,
Y al grande impulso de su justa sa1a
Rompi6 el volcan que en su interior hervia.
Sus d6spotas antiguos
Consternados y p6lidos se esconden :
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las m6rgenes responden
« ¡Venganza ! » « D6nde est6n, sagrado rio,
Los colosos de oprobio y de verg6enza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban ?
Su gloria fu6, nuestro esplendor comienza.

Aquí el entusiasmo del poeta se eleva al mas alto grado; ve que su pueblo no est6, como se creia, abatido, ex6nime, que responde al llamamiento del deber y del honor, y participando de su esp6ritu marcial, exclama :

¡ Oh triunfo ! ¡ Oh gloria ! ¡ Oh celestial momento !
¿ Con qu6 puede ya dar el labio mio
El nombre augusto de la patria al viento ?
Yo le dar6; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompa16 hasta aqu6; no aprisionado
En estrecho recinto en que se apoca
El n6men en el pecho
Y el aliento fat6dico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y al aire abierto, 6 la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y penifero Fuenfria,
All6 volar6 yo, y all6 cantando
Con voz que atruene en derredor la sierra
Lanzar6 por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡ Guerra ! Nombre tremendo, ahora sublime,
Unico asilo y sacrosanto escudo
Al impetu sa1udo
Del fiero Atila que 6 Occidente oprime !

Recuerda aqu6 el poeta los famosos nombres del Cid, Gonzalo de C6rdova y Pelayo, en cuyos labios pone una brillante proclama que contiene, entre otras muchas bellezas, este profundo rasgo de patri6tica abnegacion :

Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.

Esta proclama de nuestros antiguos campeones termina exigiendo 6 la que llaman *raza de h6roes*, el juramento de morir 6ntes que doblar la cerviz ante los tiranos, y el poeta, dign6 v6stago de aquellos esforzados patri6ticos, presta este solemne juramento que corona la composicion :

S6, yo lo juro, venerables sombras,
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ce1idme el casco fiero y refulgente,
Volemos al combate, 6 la venganza,
Y el que niegue su pecho 6 la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevar6, ¿ qu6 importa ? ¡ Por ventura
No se muere una vez ? ¡ No ir6 espirando
A encontrar nuestros 6clitos mayores ? —
¡ Salud, oh padres de la patria mia,
Yo les dir6, salud ! La her6ica Espa1a
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve 6 dar 6 la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.

Este es verdaderamente un canto divino como el blason que celebra el sublime vate. Parece imposible que viviendo todav6a este respetable poeta, este insigne Varon, tan modesto como inspirado, se atrevan 6 presentarse como genios privilegiados del siglo algunos vocingleros, cuyas obras pasarian desapercibidas si ellos mismos no se encargasen de ensalzarlas.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

Existe en Paris un se1or marqu6s muy conocido por su fealdad, su extravagancia en el vestir y su afic6n 6 engalanarse siempre con piedras preciosas. La pechera de su camisa, sus manos, la l6tonadura de su chaleco, el pu1o de su bast6n, en los d6as de gala la guarnicion de su espad6n, y hasta las hebillas de sus zapatos cortos, son otros tantos focos donde las pedrer6as, sobre todo los diamantes, despiden rayos de luz

que llaman la atencion de todo el mundo. Su man6a es conocida de todos, y sin duda la reputacion de nuestro marqu6s ha llegado hasta los pa6ses extranjeros, como lo prueba la siguiente aventura.

Noches pasadas, en uno de los c6rculos mas elegantes de Paris, el marqu6s distingue 6 un italiano recién venido, que llevaba en un dedo una sortija con un brillante asombroso, de la mejor especie y de un tama1o extraordinario. El marqu6s se acerca cortesmente al italiano poseedor de aquella joya, y le pide permiso para examinarla.

— ¡ C6mo ! se1or marqu6s, contesta el italiano, ¿ con qu6 tambien Vd. ha ca6do en la trampa ? Le hacia 6 Vd. mas inteligente en materia de diamantes.

— ¿ Se atrever6a Vd. 6 sostener que es una piedra falsa ?

— Seguramente, muy hermosa, que imita muy bien al brillante, pero no es nada mas que una piedra falsa.

— Vd. es el que se engaña, amigo mio ; el cristal no da nunca esa claridad ni ese brillo.

— Como Vd. guste, pero no es m6enos cierto lo que digo.

— Hagamos una cosa, repuso el marqu6s ; d6jeme Vd. su sortija por algunas horas, pues ya que es verdad lo que Vd. dice, desear6a mostr6rsela 6 mi joyero, para que viera hasta que punto ha llegado en el d6a el arte de imitar las piedras preciosas.

— Con mucho gusto, contest6 el italiano sin poner la menor dificultad en confiar su anillo al marqu6s por algunas horas.

El marqu6s corri6 inmediatamente 6 casa del platero, y le pregunt6 cu6nto podria valer aquel solitario. El joyero toma la sortija, examina la piedra, la pesa, y concluye diciendo que en su vida habia visto un brillante mas perfecto.

— Pues, se1or mio, se engaña Vd., contesta el marqu6s sonriendo.

— ¡ Enga1arme !

— S6, es una piedra falsa.

El joyero examina nuevamente, vuelve la piedra en todos sentidos, la pesa otra vez y responde :

— Se1or marqu6s, estoy bien seguro de no equivocarme, es un brillante magnifico, lo mejor que he tenido hasta ahora en mis manos.

— De modo que, segun Vd., esa sortija tendr6 un valor extraordinario.

— Ciertamente, en el comercio, esta piedra podria venderse ocho mil pesos fuertes ; yo, por mi parte, dar6a siete mil ahora mismo.

El marqu6s at6nito con lo que estaba oyendo, se hizo repetir varias veces el valor de la joya, y se volvi6 al c6rculo, convencido de que la piedra en cuestion valia mucho dinero.

El italiano se hallaba sentado en la sala jugando tranquilamente al ajedrez, cuando lleg6 el marqu6s con la sortija, y se la entreg6 suplic6ndole que se la vendiera.

— No, respondi6 el jugador, no necesito dinero, y adem6s, repito que mi sortija nada vale.

— Pero en fin, insisti6 el marqu6s, si yo le ofreciera 6 Vd. una gran cantidad por esa piedra falsa...

— Caballero, interrumpi6 el italiano, no puedo deshacerme de este anillo ; es un recuerdo de mi madre, y 6 la cabeza de su lecho de muerte la promet6 que le conservaria mi6ntas viviera.

— Como Vd. guste, dijo el marqu6s, pero ha de saber Vd. que le habria dado por esa piedra hasta cinco mil pesos fuertes.

El italiano se mantuvo inexorable, y sigui6 repitiendo que el brillante en cuestion era una piedra falsa, pero el marqu6s insisti6 hasta el punto de ofrecer siete mil pesos fuertes, lo que daba el joyero.

— Si Vd. lo exige, se1or marqu6s, contest6 el italiano cambiando de tono, voy 6 darle 6 Vd. gusto ; pero 6ntes me permitir6 Vd. que haga una declaracion formal y en toda regla.

Y volvi6ndose 6 la concurrencia, a1adi6 con acento solemne :

— Se1ores, todos Vds. son testigos de que el marqu6s me obliga 6 venderle una piedra falsa en siete mil pesos fuertes.

— D6me Vd. ac6, dijo el marqu6s con impaciencia ; yo s6 muy bien 6 que atenerme.

El italiano se sac6 el anillo del dedo y se lo entreg6 al marqu6s, que rebotando de j6bilo por el trato que habia hecho, di6 en cambio una carta 6rden de siete mil pesos para su mayordomo.

Dos horas despues, el italiano tenia la suma en el bolsillo.

A la otra ma1ana, el marqu6s pasa nuevamente 6 casa del joyero, anunci6ndole que habia comprado el brillante de la vispera en siete mil pesos fuertes.

— Aqu6 est6 ; a1adi6 mostr6ndole el anillo.

— Pero no hay tal brillante, contesta el platero, es una piedra falsa, muy hermosa, 6 fe mia. Es sorprendente, c6mo se parece al solitario que ayer me ense16 Vd. ; la misma forma, el mismo corte ; es igual en todo.

El marqu6s consternado reconoci6 bien luego la terrible verdad ; habia sido enga1ado por un ladron astuto. En el momento de la venta, el italiano habia sustituido h6bilmente al brillante verdadero una piedra falsa que le imitaba con una perfeccion sin ejemplo.

La polic6a ha descubierto que el italiano tom6 la fuga una hora despues de haber recibido los siete mil pesos, y en cuanto al marqu6s ha perdido dos cosas, su dinero y su reputacion de buen conocedor en piedras finas.

Otra aventura m6enos original, aunque del mismo calibre, se ha contado en Paris esta semana.

Nuestros lectores no sabr6n quiz6s lo que es un griego, y vamos 6 explic6rsele en cuatro palabras.

Donde quiera que se hallan tres jugadores reunidos, es seguro que hay entre ellos un griego, esto es, un jugador que no maneja las cartas con limpieza. El griego es 6 menudo un se1or baron que frecuenta las mejores sociedades ; y si la polic6a le descubre, muere baron y renace conde ; el griego es eterno como el f6nix de la f6bula ; solo cambia de titulo y de traje.

Vamos 6 nuestra historia ; una de las 6ltimas noches de lluvia que hemos tenido este verano, varios j6venes estaban

reunidos en torno de una mesa jugando 6 los naipes. Las moneditas de oro de cuatro pesos iban y venian sobre el tapete con una ligereza extraordinaria. Uno de los j6venes arroja sobre la mesa cinco doblillas, las pierde y toma la baraja.

Este caballero era manco ; segun 6l decia, un 6rabe le habia cortado el brazo en las campa1as de Africa.

Entra otro jugador, diciendo que solo tenia una hora que perder.

— ¡ Bravo ! exclam6 el manco, la ocasion no es mala.

El recién venido saca un pu1ado de oro y le arroja sobre el tapete verde.

Pero el banquero estaba de una suerte increible ; jam6s perd6a, y el otro vaciaba sus bolsillos.

— Cien pesos de palabra, exclam6, aqu6 est6 mi tarjeta con mi nombre y mis se1as.

El banquero se inclin6 sonriendo.

— Como Vd. guste, le dijo.

Y la fortuna sigui6 como 6ntes. Por 6ltimo, pasado un cierto tiempo, el que no tenia mas que una hora que perder, habia perdido la hora y dos mil pesos fuertes.

— Pr6steme Vd. otros dos mil, dijo al banquero.

— El banquero le alarg6 la suma en billetes de banco, y el juego continu6 r6pidamente, siempre en beneficio del banquero.

Por fin lleg6 el momento de la retirada, y el que perd6a pidi6 tres d6as para satisfacer su deuda.

— T6mese Vd. el tiempo que quiera, continu6 el vencedor, que sabia que el j6ven era rico.

Pero los amigos del infortunado jugador que se habian quedado at6nitos con una desgracia tan constante, tomaron informes, y uno de ellos se dirigi6 6 la prefectura de Polic6a.

— Conocemos muy bien 6 ese sugeto, le dijeron ; no es la primera que hace.

— ¿ Con qu6 es un griego ?...

— De la peor especie ; se llama M. N..., alias *el Manco*.

Los informes no podian ser mas completos. Ent6nces se decidi6 que el jugador no pagaria su deuda de cuatro mil pesos, pero esto no bastaba ; era preciso aun dar una leccion al griego.

En efecto, al otro d6a le llamaron al c6rculo donde lleg6 cuando se hallaban presentes todos los miembros.

— Caballero, le dijeron, por una singular coincidencia parece que tiene Vd. el mismo nombre de M. N..., uno de los mas famosos bribones de Paris.

— Se1ores, sospechan Vds...

— Y no es eso todo, repusieron interrumpi6ndole, sino que el acaso ha querido que el bribon 6 que nos referimos viva en la misma casa de Vd..., en el mismo cuarto...

— Se1ores...

— No tratamos de confundirle 6 Vd. con 6l ; ahora s6 lo que deseamos es que jure Vd. que no hay la menor identidad entre Vd. y aquel tunante.

— ¡ Lo juro ! exclam6 el griego con energ6a.

— Pues bien, M. N..., alias *el Manco*, miente Vd. descaradamente.

El griego se puso p6lido al oir estas palabras ; un sudor de espanto inund6 su rostro, y retrocedi6 y sali6 con paso vacilante, sin desplegar los labios.

Una hora despues se habia mudado de casa, y es probable que 6 estas horas andar6 ya buscando nuevas v6ctimas.

Esos tunantes tienen una habilidad milagrosa para los naipes ; en cuanto han tocado un juego, conocen todas las cartas. He aqu6 un ejemplo que podriamos citar con muchos otros.

La casualidad de ir juntos en el mismo wagon para San German el domingo 6ltimo, habia hecho trabar conocimiento 6 dos sugetos que, sofocados por un calor de can6cula, se fueron, al llegar al pueblo, 6 un caf6 de la plaza con 6nimo de tomar una botella de cerveza.

Se llam6 al mozo, sacaron el refresco ; y uno de los dos individuos dijo al otro :

— ¿ Vd. juega ?

— Algunas veces.

— ¿ A qu6 juego ?

— A todos.

— ¿ Quiere Vd. que juguemos esta cerveza 6 los cientos ?

— Jugu6mosla.

El mozo trajo unos naipes nuevecitos con su cubierta lacrada todav6a.

— Amigo mio, dijo abriendo la baraja el jugador que habia hecho la proposicion, le prevengo 6 Vd. que le voy 6 dar ciento cuarenta y ocho puntos para ciento cincuenta, con qu6 atencion.

— ¡ Ciento cuarenta y ocho puntos ! ¡ Diablo !

— S6, se1or, ni mas ni m6enos.

— Prevenido estoy, adelante.

— Principiemos.

El jugador jug6 y di6 un capote 6 su adversario. Ganado el juego puso los codos sobre la mesa, y le pregunt6 :

— ¿ Qu6 ha visto Vd. ?

— Nada.

— ¿ Y no le parece 6 Vd. que la leccion vale una botella de cerveza ?

— Ciertamente.

— Pues p6guela Vd., y nos marcharemos.

— ¿ Pero como ha sido ?...

— Aunque estuviera Vd. jugando cien a1os conmigo, siempre sucederia la misma cosa ; yo me divierto as6, pero hay griegos que saben tanto como yo, y que no juegan botellas de cerveza. |

MARIANO URRABIETA.

De las supercher6as de la Rusia.

Acabo de recibir cartas de Valaquia en que me dicen que la derrota de Giurgewo ha desalentado mucho al

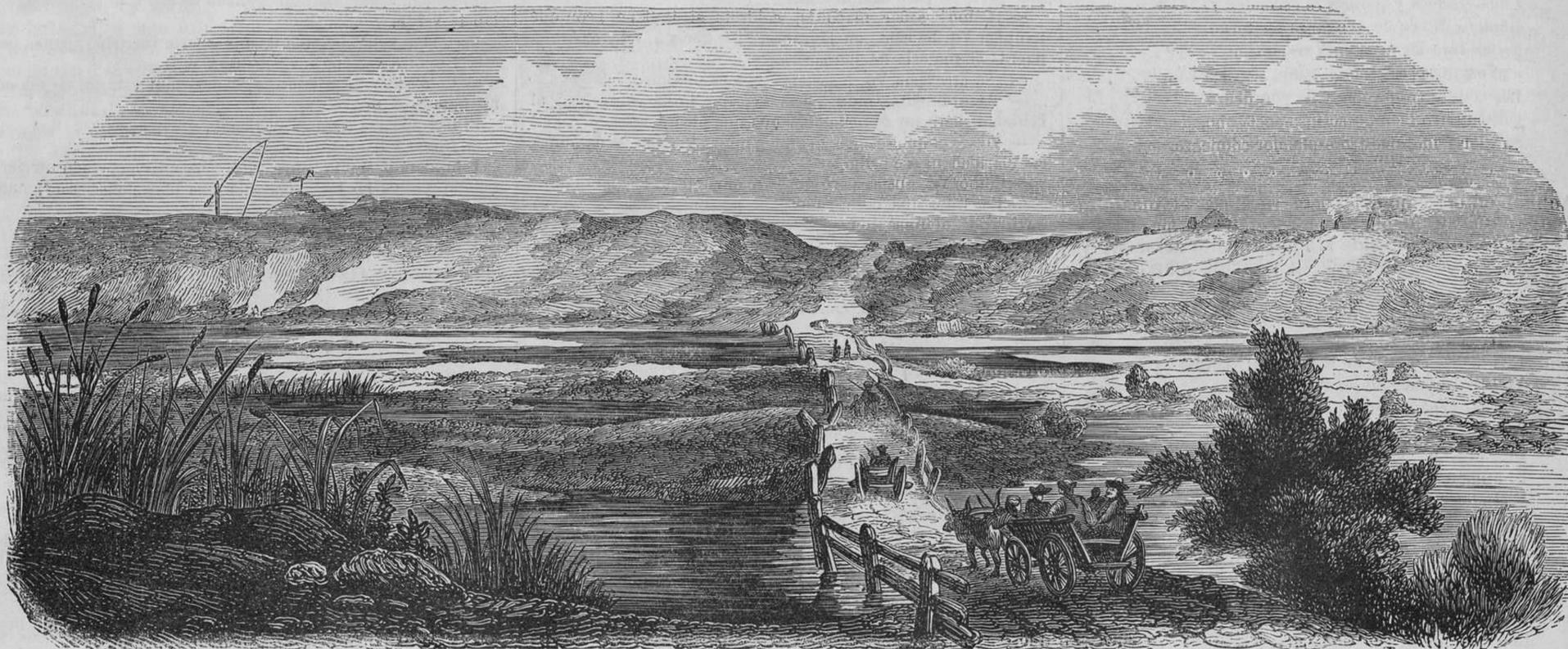
ejército ruso. Antes de salir de Bukarest, los oficiales no podían disimular su despecho por la humillación á que se veían reducidos.

Habían dicho que los turcos no son malos soldados cuando están detrás de una muralla, y así explicaban la impotencia del ejército ante Oltenitza, Kalafat y Silistria. El ejército activo echaba la culpa al ejército superior que no había tenido prevision ninguna: « — En

San Petersburgo, decían, no se juzgaron bien las dificultades de la guerra; el material de sitio era insuficiente para atacar una plaza como Silistria, y de aquí la derrota... » Pero ¿ cómo explicar ahora un descalabro á campo raso? Ya se ha querido hacer creer al soldado ruso, crédulo por excelencia, que el ejército franco-inglés, muy superior en número, había vencido en esa batalla... pero todo esto no pega ya; la mayor con-

fusion reina entre sus filas, unos se echan la culpa á otros, y todo se vuelve discusiones y disputas.

El Czar ha perdido muchísimo á los ojos de las poblaciones orientales, que se hallaban acostumbradas á considerar el poder moscovita como superior á toda resistencia, y nada podría pintar la sorpresa y estupefacción creciente de los partidarios de la Rusia al ver que sucedió todo lo contrario.



Camino de Bukarest á Jassy, por medio del Sereth.

Efectivamente, esa sorpresa se concibe y es muy natural, cuando vemos á la Europa entera sorprendida también de tanta debilidad, después de tanta jactancia.

En vano la guerra de Polonia, tan poco gloriosa para las armas rusas, dió la medida exacta del valor de ese imperio; en vano la campaña de Turquía vino á mostrar de nuevo cuán lejos estaban las fuerzas reales del Emperador de corresponder á la idea que la Europa se había hecho de ellas; nada pudo quebrantar la creencia de que la Rusia es un coloso invencible.

En los cuatro años que permaneció en los principados, las narraciones de los oficiales valacos que hicieron en los ejércitos rusos aquella deplorable campaña de 1828, principiaron á introducir en mi ánimo nue-

vas ideas sobre el poder moscovita y la fuerza de sus armas.

La Europa preocupada en otras cosas no prestó la mayor atención á la guerra de 1828; no vió que la Turquía sola, sin ejército, sin flota y sin organización. Conmovida por ideas de reformas odiosas para los viejos partidos, había resistido heroicamente durante dos años, aniquilando, digámoslo así, al ejército victorioso de los rusos.

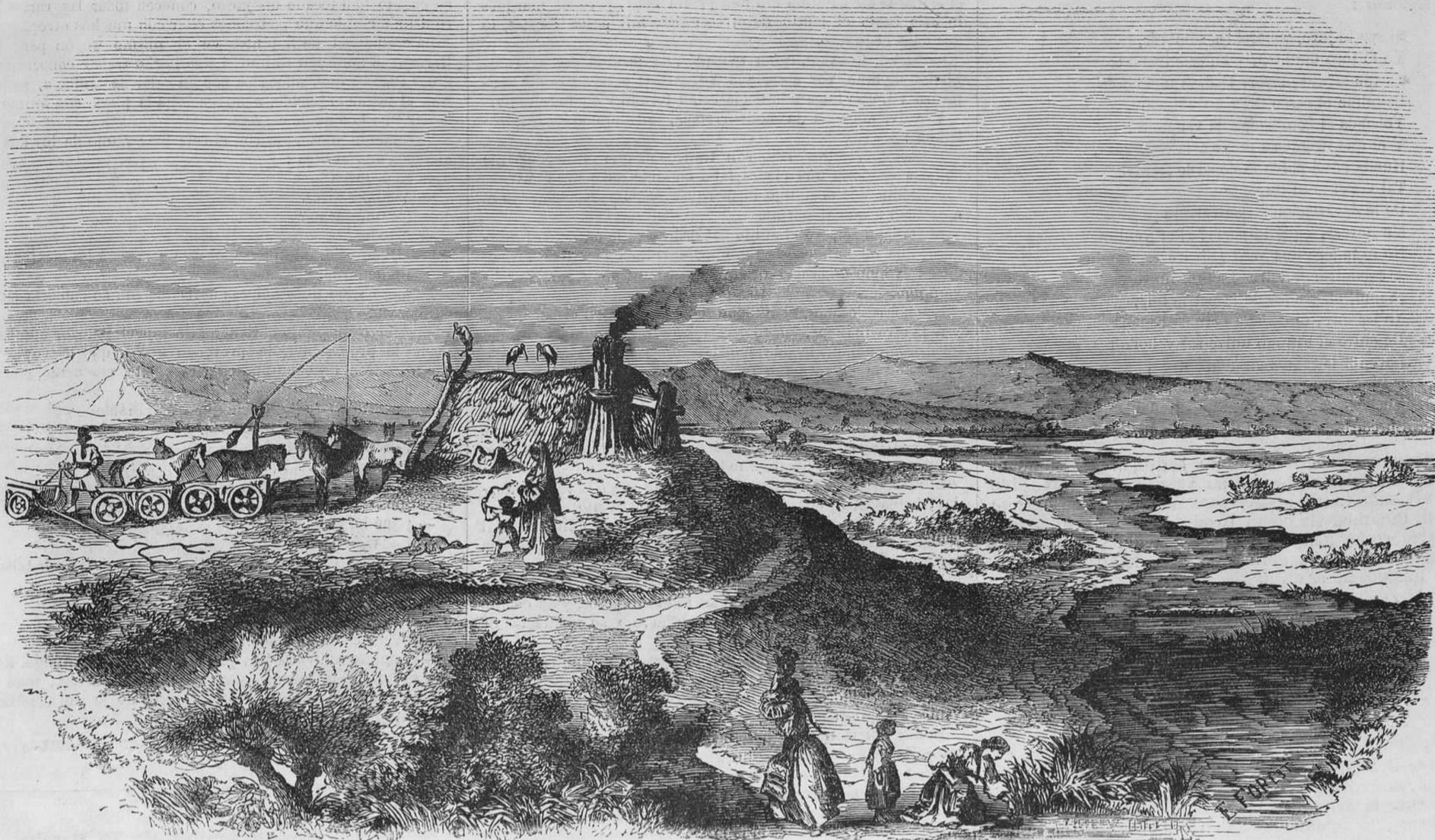
Excitada mi curiosidad por aquellas narraciones de sitios y de combates impotentes, me decidí á ver por mis propios ojos aquellos sitios célebres, donde se dieron combates tan desiguales.

Bajo este concepto, visité Giurgewo con sus antiguas fortificaciones desmanteladas, casi inútiles en nuestras

guerras modernas, y Braila que costó tanta sangre a ejército del Czar. Como en Silistria, los ingenieros rusos hicieron volar en el momento del asalto su columna de ataque, por medio de una mina dirigida contra la plaza. Desde entonces el arma de ingenieros ha seguido las mismas tradiciones, y su amo habría debido prohibirles ese género de ejercicio tan poco provechoso para los infelices soldados.

Las fortificaciones se hallaban en aquella época en un estado de inocencia que daba lástima, y la traición de un bajá abrió las puertas á los rusos. La plaza de Varna me sorprendió tanto, que pasé ocho días dando vueltas á sus murallas.

Por el lado del mar consistían en un simple muro almenado, sobre una altura que domina el puerto.



Un relevo de posta sobre el Sereth, en Valaquia.

Solo la ciudadela en la cúspide de la ciudad me pareció una buena defensa, arreglada á las condiciones del arte moderno.

Hallábame yo entregado á las conjeturas propias de un ignorante en las cosas de la guerra, cuando llegó á casa del cónsul de Francia, que me daba la hospitalidad, un oficial prusiano de ingenieros que, mas competente que yo, pudo darme algunas luces sobre aquel

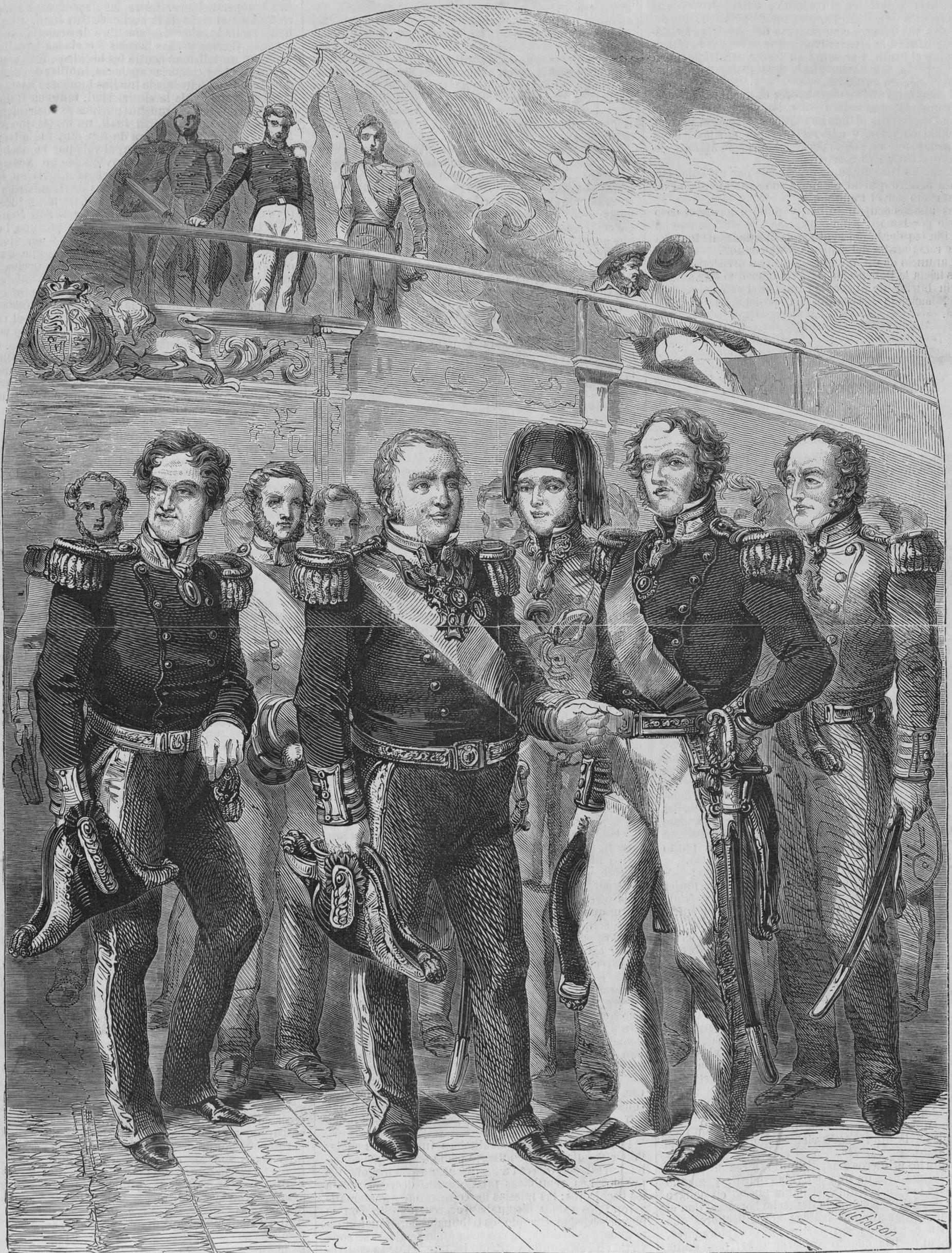
sitio memorable en donde cien mil hombres mandados por el emperador Nicolás en persona, estuvieron detenidos durante cuatro meses, en tanto que toda la flota rusa bombardeaba la plaza desde el puerto sin resultado alguno.

— Un ejército como aquel, me decia el oficial, no debia haber estado parado allí mas de tres dias.

Como en Silistria, el oro moscovita dió tambien el

asalto; setecientos turcos escogidos no quisieron secundar la traicion del bajá, y resueltos á enterrarse en las ruinas de la ciudadela, se mantuvieron firmes tres semanas, al cabo de las cuales, sin víveres y municiones, capitularon y salieron con los honores militares.

Nada de todo esto pudo abrir los ojos á la Europa sobre la importancia de los rusos fuera de su territorio. Los brillantes hechos de armas de Oltenitza, Kalafat y



Sir Edmund Lyons, contra-almirante.

Sir Carlos Napier.

El almirante Dundas.

El almirante Corry.

Silistria se han considerado como hijos del acaso, y aun cuando el enfermo que debía caer bajo el peso de sus armas, arrojara los invencibles ejércitos del Czar de su territorio, la Europa seguiría firme en su creencia sobre el poderío formidable del coloso del Norte.

EL SERETH.

El Sereth, que separa la Valaquia y la Moldavia mas allá de Tokschani, nace en los Kárpatas, en la frontera de Austria, y entra en el Danubio por Reni, frontera de Rusia, cerca de Galatz. Por esta nueva posición, que demuestra sus temores con respecto del Austria, se sustrae la Rusia á la alternativa de que la corten la retirada sobre el Pruth, y presenta su frente paralelamente á los Kárpatas, por donde puede desembocar á cada instante el ejército austriaco.

El Sereth no ofrece los mayores obstáculos á un ejército numeroso que tome la ofensiva vigorosamente. Es verdad que en sus orillas hay sitios escarpados, pero es vadeable en estío, y además presenta muchos claros completamente en seco, por los bancos de arena y de cañas que cortan su corriente.

El ejército ruso acaba de precaverse por un lado contra un peligro que lo amenaza constantemente, el de ser atacado por el Danubio.

Los aliados ocupan Sulina, y pueden forzar el paso del rio por Ismail, Kilia ó Akerman, y encontrarse en la orilla izquierda del Pruth, á dos jornadas de marcha de la retaguardia del príncipe Gortschakoff.

El anuncio de un movimiento de tres divisiones francesas hácia la Dobruscha, da á suponer que este ataque podría burlar de nuevo las miras del general en jefe ruso, haciendo insostenible la posición de la Moldavia.

G. D.

MARGARITA PUSTERLA.

VIII.

LOS DESASTRES.

Después de saltar en tierra por la opuesta orilla, el asesino de Rosalía atravesó las ruinas de Lecco, monumento de la vindicta política, y volvió á ver el bosque en que había concebido el plan de la venganza que acababa de consumar. Entró en la ciudadela, y al llegar á su habitación, respiró como el hombre que toca al término de una senda escabrosa, y dejándose caer en su lecho, exclamó:

« Por fin estoy contento. »

Pero el placer no es compañero del crimen, ni aun dentro de los corazones mas empedernidos. La alegría, que procura este, es tempestuosa como el infierno que la engendra. Ramengo sentía brotar bajo su cuerpo punzantes espinas, al paso que las sábanas le pasaban como lápida sepulcral; sus miembros agitados se retorciaban en la cama; quería aparentar tranquilidad ante su propio corazón, y cerrando los ojos intentaba dormirse; pero cuando volvía en sí, los tenía muy abiertos, clavados en los fantasmas que fascinaban su vista.

No evocaba el miedo estos fantasmas, que le representaban á su mujer, y á su hijo en medio de sus angustias. Inmóvil, los contemplaba al borde de su lecho, en la cabecera de su cama, á la puerta de su cuarto. Furioso de no poder evitarlos, gozaba hallando en aquel horroroso espectáculo un manantial fecundo de atroces deleites. Saltó al suelo, corrió á lo alto de la torre, y fijando desde allí sus miradas centelleantes en el lago, con los cabellos negros esparcidos sobre sus febriles sienes, teniendo la espada en una mano, y apoyándose con los dedos crispados sobre la almena, se hubiera creído que era una estatua colocada en aquel punto para adornar el edificio ó aterrar con su presencia.

Por fin sacudió la cabeza resueltamente y dijo:

« ¡ Ahí estás! ¡ ahí, en medio de las aguas, mujer maldita! ¡ oh! ¡ porqué no es eterna esta noche fatal! ¡ porqué no sufrirá ella los tormentos que yo he sufrido por espacio de dos meses! »

Luego vió condensarse las tinieblas por el Occidente, y que avanzaba una nube de humo por la superficie del lago. Previó la borrasca y se regocijó; el rayo y el trueno lo trasportaban con placer diabólico, porque en el frenesí de su rabia pensaba que su mujer sufriría con ella. El agua que caía del cielo lo calaba; el viento silbaba á través de su desordenada cabellera, sin que sintiera otra cosa mas que el ardor de la venganza.

Hasta el primer resplandor del alba no cesó de mirar al lago. Montó á caballo y recorrió furioso la playa para averiguar si había Rosalía arribado por casualidad, ó mas bien por ver si había lanzado la tempestad su cadáver fuera del agua.

Nada vió: de nada oyó hablar.

En el colmo de su horrible alegría creyó que había logrado su intento, y que el lago había sepultado bajo sus ondas á la infortunada víctima con las huellas de su asesinato.

Durante los primeros días, disimuló su remordimiento bajo la máscara de una actividad febril, y mandó preguntar por las cercanías si había puesto en peligro la vida de alguna persona la deshecha borrasca. Con el objeto de vigilar algunas bandas de malhechores que infestaban el valle de San Martín, envió exploradores, que debían decirle cuanto hubieran oído; pero nadie le habló de una mujer ahogada. Pudo pues exclamar:

« ¡ Al cabo has lanzado tu último suspiro! ¡ ojalá haya sido larga tu agonía, tan llena de angustias como te la he deseado y tú la has merecido! ¡ Qué llegue un día en que pueda gozar con la muerte de tu amante el placer que me ha causado la tuya! »

Quien tenga formada justa idea de los gobernadores militares de todos los tiempos, y del desorden particular de aquella época, en la que, para desenredar un dólido de negocios, se publicó un estatuto que prohibía perseguir judicialmente los delitos cometidos durante la guerra de Monza, desde noviembre de 1322 hasta diciembre de 1329, comprenderá porqué razón no pidió nadie cuenta á Ramengo de la desaparición de Rosalía. A sus subalternos les impuso silencio; con sus iguales se sirvió de pretextos y de ardidés. En Lecco esparció el rumor de que Rosalía había ido á Milan: en Milan, que había huido para compartir el destierro con sus parientes; por fin, que ella y su hijo habían muerto. Fingiéndose desesperado, y así ocultó su crimen bajo apariencias misteriosas, guardando el secreto con el rigor del lago, su único confidente.

Los años pasaron. Después de los acontecimientos que acabamos de referir, Pusterla se casó con Margarita Visconti. Como cliente suyo, Ramengo asistió á la solemne pompa de la bendición nupcial. En aquel instante sublimé, en que late el corazón en los límites de dos vidas, entre los deseos de lo pasado y las promesas del porvenir, el verdugo de Rosalía recordó el momento en que aquella virgen pura había jurado amarlo. Luego vió como la ternura y la felicidad esparcían flores por la senda de Margarita, y unos celos furiosos se apoderaron de su alma, cuando Pusterla, su enemigo mortal, se unió con tan preciosa criatura.

La felicidad de que fué testigo, abrió, si acaso estuvo cerrada, la herida que creía haber recibido de manos de Pusterla.

« El me ha robado una mujer, un hijo; — él ha sembrado en mi corazón los tormentos que lo devoran.... ¡ y él es feliz! ¡ Y cuántos encantos no ha derramado el cielo sobre la cabeza de su hijo! ¡ Oh! ¡ un hijo! ¡ si yo hubiera podido tener un hijo! ¡ qué inefables delicias! ¡ qué esperanzas tan risueñas! ¡ poder amarlo, poder despertar la envidia! ¡ y no tendré jamás un hijo! ¡ El es la causa de todo, y él tiene un hijo, un hijo hermoso, y una mujer, modelo de belleza y de virtud! ¡ Oh! ¡ quiera el cielo que halle un día estos vivos deleites! ¡ quiera el cielo que pueda llevar á sus labios la hiel que él ha puesto en los míos! »

Tal flexibilidad hay en el odio, que sabe adornarse con las apariencias del amor. Bien fuera porque Ramengo se hubiera dejado cautivar por la virtud y los hechizos de Margarita, como un demonio que ama á un ángel; ó bien porque juzgara incompleta su venganza hasta que devolviera á Pusterla el ultraje que pretendía haber recibido de este, lo cierto es que comenzó á dirigir su atención y sus obsequios á Margarita, tratando de hacerla comprender que había encendido en su pecho una ardiente pasión, que le declaró por fin con la mayor impudencia.

Margarita se creía muy superior á Ramengo, cuya bajeza adivinaba ella por secreto instinto, aunque no tuviera conocimiento de sus crímenes, para que pudieran perturbar su tranquilidad las groseras pretensiones de aquel hombre. Guardó ella un profundo silencio, y pensó que el mejor castigo era el desprecio. Pero Ramengo no era hombre de los que se dan por vencidos al primer contratiempo; cada día se animaba con su despecho, tal vez esperando conseguir una victoria tanto mas gloriosa cuanto mas difícil á fuerza de perseverancia. Además tenía el firme propósito de empezar la serie de sus venganzas contra Pusterla deshonorando su lecho; si no podía lograrlo, le bastaban las apariencias, y que la malignidad del vulgo, condenando á Margarita, turbase el sueño de Francisco.

« Esta mujer, se decía él, ¿ no es como las demás mujeres? ¿ Cual de ellas no recibe el humo que se quema en su altar? ¡ oh! ella sucumbirá, si se presenta la ocasión. »

La circunstancia que vamos á referir le pareció que se la ofrecía.

Aunque no tan comun entonces como en el siglo XVI y el siguiente, corría entonces la opinión de que un hombre podía pactar con los espíritus infernales, y adquirir así un poder sobrenatural para socorrer á veces, mas frecuentemente para dañar á sus semejantes.

Las tempestades eran atribuidas á los brujos y magos, que tenían tambien poder para calmarlas. Pruebas irrefragables de esto se hallaban en las extrañas formas que tomaban las nubes al agruparse, y que presentaban á la imaginación figuras de gigantes, animales y demonios. Los astrólogos, clase de sabios que se rozaban con la magia, dictaban leyes á los príncipes, que los consultaban para emprender sus guerras y sus viajes. Toda enfermedad un poco extraña era atribuida á una maligna intención; los males inexplicables eran considerados obra de magos. Se creía que se reunían ciertas noches, en ciertos sitios para celebrar sus infernales conciliábulos.

Estas opiniones no germinaban únicamente en las fiestas populares; al contrario podía decirse que se habían arraigado merced á las discusiones de los jefes del pueblo. Las repúblicas promulgaron decretos contra los hechiceros; las iglesias los conjuraron y anatematizaron: los sabios disputaban acerca de esto con la mayor seriedad. Cuando los tribunales persiguieron este género de delitos, la creencia en la brujería se convirtió en certidumbre. ¡ Cómo imaginar que se equivocaba la justicia!

Reducida así á sistema, esta opinión tomó consistencia entre los que tenían pretensiones de eruditos; por otra parte, propagada por habladores de oficio adquirió tal autoridad, que el nombre de blasfemo recayó al punto en los que se ponían en duda.

Creciendo el poder y el número de los hechiceros en razón de las persecuciones que sufrían, los remedios y los antidotos se multiplicaron de día en día. Mientras las personas cultas conjuraban y quemaban, el pueblo, sin recurrir á tan terribles medios, oponía supersticiones á supersticiones. Entre los mas eficaces remedios se contaba el rocío de la noche de San Juan. El que lo había recibido sobre sí estaba libre de brujerías durante un año. Ciertas yerbas floridas ó cortadas aquella noche eran un talisman contra los hechizos. Esta creencia se unía á otras creencias análogas, inútiles de comentar aquí, pero que han dejado huellas inmensas hasta en el siglo del vapor y de la electricidad, tanto en Italia como fuera de ella. En muchos pueblos se encienden aun hogueras. La noche de San Juan, un inglés que se hallaba en Irlanda la víspera de este día, fué advertido para que no se sorprendiera, si veía por la noche luminarias en las alturas circunvecinas. En Newcastle, las cocineras encienden hogueras de alegría en semejante noche. Yo conozco distritos de Lombardia, en donde, á pesar de las prohibiciones, se tocan incansablemente las campanas toda la noche de San Juan. De niño he sido conducido algunos años por una buena mujer á recibir el rocío de San Juan, y en diversos puntos me han enseñado enormes nogales, que después de haber permanecido secos hasta aquella noche, han aparecido por la mañana cubiertos de verde follaje.

En tiempo de nuestra Margarita, se celebraba con mayor pompa, á causa de la fe ó de la credulidad, la vigilia de San Juan. Desde el anochecer hasta el rayar del alba, no cesaban las campanas de los ciento veinte campanarios de la ciudad, á fin de que las brujas, que, si acaso lo ignora el lector, tenían un miedo horrible al campaneo, no pudieran coger las yerbas malélicas, ni impedir con sus encantos el cortar las yerbas salutíferas. Entretanto el pueblo no cerraba los ojos y salía en tropel á recibir el milagroso rocío.

Era una especie de fiesta, un carnaval nocturno. En los pueblecillos todo el mundo se reunía en alguna granja, y allí, al son de los caramillos, los paisanos cantaban, bailaban y oraban juntamente.

Esto por lo que hace á los jóvenes; en cuanto á los viejos, que con paso lento y trabajoso habían acudido á la función, estos se entretenían en ensartar una rethila inacabable de cuentos de brujas. Una buena señora aseguraba que había visto con sus propios ojos tal ó cual acontecimiento; otra dos, tres y hasta una docena de sortilegios; esta había oído todas las noches mayar á un gato en el tejado de la vecina; aquella tenía costumbre, sobre todo, cuando su marido salía de casa ó estaba ausente, de abrir la puerta y cuchichear con un espíritu; las mas sinceras afirmaban que no habían sido nunca embrujadas, pero que era porque nunca habían dejado de bañarse con el rocío de San Juan.

La Iglesia, que intervenía entonces en todos los actos de la vida pública y privada, no dejaba de dar señales de vida en esta ocasión; y como se conserva aun respecto de la Natividad, se celebraban el día de San Juan tres misas: una á media noche, otra al amanecer, la tercera á la hora de Nona. Durante y después de la misa nocturna, se cantaba un cántico de numerosas estrofas y metro variado, que entonaban los clérigos; y el pueblo, á voz en cuello, y con los *despropósitos* que dice cuando canta en latín, respondía:

*Quam beatus puer natus
Salvatoris angelus,
Incarnati nobis dati....*

No necesito decir que en Milan era la función mas solemne todavía y mas refinada. Nadie permanecía quieto en su casa, todos salían en distintas direcciones, y especialmente hácia un bosque que se hallaba en el sitio que se llama hoy mismo San Juan de la Paja.

Las damas vestían trajes blancos, adornados con lazos de variados colores, que contrastaban notablemente con el fondo oscuro de la noche. Iban escotadas segun lo permitía la estación y el uso, cubierta la cabeza de flores, que tambien llevaban en la mano en preciosos ramilletes. Muchas de ellas entonaban canciones de una música sencilla que acompañaban los hombres con el fagot; otras ejecutaban danzas ligeras al son de alegres sinfonías. No se podía entrar en aquel recinto en litera ó en caballo; todos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, se confundían; y como esta mezcla favorecía el olvido de las injuriosas diferencias que suscita la fortuna, la vanidad y las preocupaciones, se gozaba de una libertad muy comparable á la que reina... en un baile de carnaval.

No puedo afirmar que Margarita creyera ó dejara de creer en la magia, ni que temiera los sortilegios. Sin embargo, no es probable su completa incredulidad, porque cuando un error está generalmente acreditado, muy pocos son los que se separan de la creencia comun. Lo cierto es que ella tambien se juntaba con la multitud el día de la fiesta, y que se permitía un dulce desahogo con sus compañeras, paseándose con ellas toda la noche.

El vil Ramengo creyó que la presencia de Margarita favorecía sus proyectos, y se mantuvo siempre cerca de la esposa de Pusterla, siguiendo sus pasos como sigue al cuerpo la sombra, al crimen el remordimiento

Los cronistas, de quienes tomamos estos hechos, bastante descosidos, usan por lo general de un lenguaje que sonaría mal á los oídos modernos, habituados á las imágenes y los rodeos. No obstante, por lo que respecta á la conducta de Ramengo en aquella noche, se limitan á decir que siguió constantemente y muy de cerca sus pasos. Pero fácil es concebir á qué punto llevó la insolencia, cuando la suave y delicada Margarita se vió obligada á darle un bofetón.

No necesito decir que grave afrenta fué esta para el alma criminal de Ramengo, á quien las tiernas afecciones servían de estímulo á su maldad. Ningun rubor le causó su grosería: solo vió ultrajado su orgullo, comprometido su amor propio, y la sed de venganza que alimentaba en su pecho contra Pusterla se encendió con mayor ardor contra la mujer de su enemigo.

— Sí, sí, decía él, juntos me pagarán esta ofensa. ¡Orgullosa, yo te haré recordar la noche de San Juan!

Margarita juzgó prudente no referir á su marido el insulto de Ramengo. ¿Para qué, en efecto? Ella conocía que estaba á cubierto contra las ofensas de un hombre tan despreciable; y confiárselas á su esposo hubiera dado lugar á disputas y desgracias recíprocas. Además, desde aquel momento, Ramengo no se atrevió á presentarse en el palacio de los Pusterla. Las primeras veces que lo encontró poco después de este suceso, rehuyó con cuidado el encuentro de Franciscolo, pero como las atenciones de su patron no habían cambiado cuando lo hallaba en casa de sus amigos, descubrió que no conocía su conducta y se tranquilizó, aunque sin ablandarse; por el contrario, su cólera fué mas viva al ver el desprecio con que Margarita lo trataba.

El odio de los malos crece en razon de la superioridad del que lo provoca. Creyó que era necesario la sangre de los Pusterla para vengarse de las injurias recibidas. Con ojos escudriñadores observaba aquel palacio, cuyos umbrales no se atrevía á traspasar. Ya hemos visto con qué pérdidas insinuaciones excitaba á Luchino á deshonrar á Margarita. Cuando conoció la animosidad de Pusterla contra los Visconti, se prometió que no tardaría en presentarse la ocasion de perderlo; ¡es tan fácil inventar una acusación!

Casi un año habia trascurrido desde lo que se acaba de referir, y la fiesta de San Juan abría de nuevo la herida mal cerrada del alma de Ramengo. Las disposiciones de los ciudadanos para celebrar la velada, distante solo tres dias, la alegría de los niños y los preparativos de las mujeres amargaban su corazón y lo sacaban fuera de sí. No es difícil adivinar qué agradable fué para él oír la imprudente conversacion de Alpinolo; ella le ofrecía el puñal envenenado con que podía herir no solo á Margarita y á su esposo, sino tambien á sus amigos, á quienes aborrecía sin otro motivo que porque ellos los querían. Y al mismo tiempo que satisfacía su vil pasión, ganaba la confianza y el favor del príncipe probándole el celo que lo animaba. La ambición, que era su ídolo, le mostraba á lo lejos el fin de sus deseos, y para lograrlo no tenía otra cosa que hacer mas que servirse de su enemigo como de un puente.

Fuó pues á la córte Ramengo, y habiendo logrado acercarse á Luchino, le reveló toda la trama; y con facilidad se concibe si halló en su corazón colores bastante negros para agravar el crimen y exagerar el peligro que habia amenazado al príncipe. La vuelta misteriosa de Pusterla á Milan, y el abandono de su embajada daban ya motivo para sospechar de él. Reciente estaba el recuerdo de Plasencia arrebatada á Galeas, justamente por las maniobras de un marido ultrajado; Luchino sabia por otra parte que merecía el odio que le tenían muchos súbditos suyos, y anhelaba tener un pretexto para vengarse del desden de Margarita. ¿Por ventura no ve colmados sus votos el malvado cuando puede encubrir su iniquidad con el manto de la justicia?

Por el informe de Ramengo aparecía que los primeros que debían ser prendidos eran Basabetta y Alpinolo, para decidir por las declaraciones de estos de la suerte de los demás. Pero no conocía bastante á Alpinolo para saber que no habia tortura que le arrencara la confesion que habia de perjudicar á la causa de sus bienhechores. Para salvarlos hubiera sacrificado su vida, vida oscura, de poco precio para el príncipe. Pareció pues mas hábil echar mano á Basabetta. Este no tenía gran interés en callar, y el tormento debía arrancarle tantas confesiones como eran precisas para proceder, si no con equidad, por lo ménos legalmente, contra aquellos á quienes se deseaba castigar.

Con la viveza de su genio, y mirando á todas partes, Alpinolo atravesaba la plaza de la catedral, entusiasmado siempre con sus quimeras, cuando sintió que lo llamaban en voz baja; volviéndose y apercibiéndose á un agente del capitán de justicia, con quien solía encontrarse en las asambleas populares, en el juego, los espectáculos, la taberna, lugares que frecuentaba Alpinolo para hacer partidarios en favor de la buena causa.

Celebró este encuentro: el agente pasó junto á él y le dijo:

— Seguidme.

Y como si no hubiera dicho nada tomó el camino de Broletto Nuovo, penetró en una callejuela, y mirando si lo observaban

— Huid, dijo á Alpinolo, con voz alterada, huid, y preparad tambien á Pusterla medios de escaparse.

— ¿Porqué?

— Porque Luchino ha mandado que prendan á Pusterla, á su mujer y á sus amigos, y que los encarcelen.

— ¿Ha descubierto?...

— Sí, todo lo sabe; el tormento ha hecho hablar á Menelozzo.

— ¡Traidor!

— Dios lo sabe.

— ¡Traidor!

— Nadie ha hablado hoy con el príncipe, excepto Ramengo.

— ¿Ramengo?

— Sí.

— ¡Ramengo! exclamó Alpinolo con acento desesperado.

A un traidor se habia confiado: su imprudencia habia abierto el abismo que iba á tragarse á sus amigos.

Furioso se separó del agente de la justicia, y fué á llamar atravesando calles y plazas á la puerta del palacio de Pusterla.

— ¿Quereis derribar la puerta? dijo una voz interior.

Era la de nuestro Franzino Malcolzato, que pasaba por hombre gruñón y disputador, que descargaba puñetazos y cuchilladas por su propia cuenta ó por la agena, hasta que entró á servir á Pusterla. Por honrado que fuera un señor, tenía á su sueldo algunos de esos bajos criminales, ó para quitar tal auxilio al enemigo, ó para servirse de ellos en un tiempo en que la justicia hablaba por la punta de la espada ó del puñal.

Cuando Malcolzato vió y reconoció á Alpinolo abrió en seguida la puerta.

— ¿Dónde está Franciscolo? le preguntó impaciente el paje.

— Ha salido.

— ¿Y Margarita?

— Tambien.

— ¿Adónde, en nombre del cielo?

El portero respondió encogiéndose de hombros. Desesperado Alpinolo, fué á la cuadra, montó el mejor caballo y salió á buscar á los Pusterla. Las últimas palabras que pronunció allí fueron estas: « ¡Maldito sea Luchino y sus defensores! »

— ¡Amen! dijo el portero siguiendo con la vista á Alpinolo, y sentóse pensando en los Visconti, á quienes detestaba, y en su víbora, que dibujó con carbon en la pared.

Entretanto la tempestad comenzaba. Por orden de Luchino avanzaba el condestable Sfolcada Melik con una banda de mercenarios, que ignorando la lengua latina se mofaban de los anatemas del papa. Los milaneses se asomaban á verlos á pasar á puertas y ventanas.

— ¿Qué será? ¿Qué no será?

— ¡Melik!

— ¡Dios nos proteja!

— ¿Adónde van?

— Llevan escaleras, arietes.

— ¿Van á atacar alguna fortaleza?

Melik se dirigió hácia el mercado, seguido por muchos curiosos.

— ¿Va á festejar al señor Barnabe? ¿ó al bello Galeas?

— No, le tiene envidia.

— Los arqueros tuercen su marcha.

— Aguardemos á ver.

— Se paran en la calle de los Pusterla.

— Ponen las escaleras al pié de su casa.

— Mira cómo trepa aquel. Parece un oso.

— ¡Cómo! ¿A quién buscan? ¿á los Pusterla?

— ¡Santa María! ¡á mis protectores! Huyamos, que no crean que somos de su partido.

Y la mayor parte se iba. Los demás se mantenían á cierta distancia temiendo las picas de la gente de Melik.

La casa era asaltada por todas partes, y al ver los dibujos de carbon de Malcolzato gritaban los soldados: Eso es: los criados están en la conspiración, gritaba uno mientras ataba á Franzino. Los asaltadores entretanto habian dejado penetrar dentro á la muchedumbre, al paso que se apoderaban de los pocos criados que encontraron. Un personaje con la visera caída se distinguía entre los bandidos, por las investigaciones minuciosas que hacia. De repente ve á Venturino en una galería, lo coge y lo contempla como quien quiere devorarlo con la vista.

En tanto que el niño llama á su padre y á su madre, el desconocido le gritaba: « ¿Dónde está tu madre? » Y amenazando al niño que no le respondía, seguía buscando por todas partes. No pudiendo hallar á Pusterla ni á Margarita, recogía las armas y cuanto podía probar la presencia del primero en Milan. Lo que más celebró fué encontrar la carta que Mateo Visconti le habia dado para sus hermanos. En seguida mandó encadenar á los de la servidumbre, y al partir vió á Margarita que ponía el pié en el puente levadizo.

La miseria de aquel tiempo obligó á muchas mujeres á vender su belleza y su honor. Una jóven fué vendida violentamente á un rico que no escuchaba las súplicas de su víctima. Esta recurrió á Margarita, y no en vano, porque su auxilio economizó un crimen.

Con este motivo piadoso acudió á casa de la desgraciada en el momento en que debía hallarse allí el corruptor. Fingió ignorar la venta vergonzosa, y alabó la generosidad con que habia socorrido aquella extrema necesidad. Explicóle que tenía un marido para la jóven, á un tejedor, y le dijo que los esposales se celebrarian al dia siguiente, siendo aquella buena ocasion para mostrar su liberalidad. Vino el esposo, se dió el anillo, y Margarita se retiró bendecida por aquellas pobres gentes.

Al acercarse á su casa la vió Margarita rodeada por la multitud. ¡Cómo se estremeció su corazón de madre y de esposa! Vacilaba al abrirse paso, cuando vió al desconocido con Venturino en los brazos. Lanzóse sobre él, pero no llegó á alcanzarlo. Este lanzó un grito de infernal alegría al verla, y dijo: « Aquí está: que la prendan. »

Melik dió la orden, pero al caer su velo, al mostrar su majestuosa belleza, al contemplar su desesperacion por el peligro de su hijo, la soldadesca quedó estupefacta. Pero Sfolcada le mandó poner esposas y que se la llevaran. El desconocido se acercó entonces á la infortunada madre, y señalándole á su hijo le dijo en voz baja: « Margarita, ¿os acordais de la noche de San Juan? »

El pueblo se conmovió, criticó, murmuró y habló en favor de los Pusterla. Pronto, empero, se calmó esta efervescencia. Al dia siguiente, medio despiertos recuerdan los sucesos de la vispera, levantan la cabeza de la almohada y exclaman: ¡Cómo! ¿es ya de dia? Aplican el oído: todo tranquilo.

— ¡Tanto mejor! dicen; ¡gracias á Dios!

Del ruido y del tumulto de la noche, de las imprecações, de las fanfarronadas solo quedaba un terror misterioso, una recelosa curiosidad, que se comunicaba en voz baja entre los amigos.

— ¿Qué hay de nuevo?

— No sé nada.

— Y de los prisioneros, ¿que harán?

— Dar quehacer al verdugo con ellos.

— ¿Cómo así?

— Irémos á verlos.

— ¿He hablado bien?

— No sé qué decir. ¡Qué intrigas entre esos señores! ¡Querer estrellarse contra las paredes! Es lo mismo que si un caracol quisiera oponer sus cuernos á los de un carnero. ¿Hablo bien?

— Como un predicador.

— Los hombres han nacido, unos para mandar, otros para obedecer. ¿Hablo bien?

— Muy bien. Por mi parte yo estoy con frailes y cultivo su jardín. Si gritan ¡viva san Ambrosio! respondo ¡viva san Ambrosio! Si chillan contra la víbora, chilló contra la víbora.

— ¡Bravo! así se tienen amigos en todas partes.

— Y muere uno en su cama.

Así discurrían unos, mientras otros se libraban silenciosos é indiferentes á sus cotidianas faenas.

El domingo siguiente se celebraba una fiesta solemne en Milan, con motivo del sínodo general de los dominicos, sexto de la orden entonces reciente y vigorosa. En él se resolvió trasladar el cuerpo de Pedro Mártir, de Verona, muerto en Barlassina, por los que no podían sufrir el celo que desplegabá este varon para establecer y hacer funcionar la inquisición contra la heregía. Giovanni Balducci de Pisa, uno de los primeros restauradores de la escultura, habia hecho la urna que es hoy tan conocida en Italia. Giovanni Visconti, hermano de Luchino, depositó en ella las santas reliquias, revestido con sus hábitos pontificales, á la cabeza de una procesion á que asistían todos los obispos de la provincia, la córte, la flor de la nobleza, y sesenta gremios de artesanos y negociantes con sus respectivos estandartes. El pueblo acudió de todas partes; las campanas no cesaron; las carreras de caballos, la representacion de los misterios, las oraciones, la embriaguez y la alegría se mezclaban y confundían. Por la noche, cánticos, música, iluminaciones, fuegos artificiales pusieron fin á la fiesta.

El mar Negro.—Expedición del Vauban.

(Véase el número anterior.)

A continuación publicamos los demás dibujos que hemos recibido de M. Durand Brager.

«Los rusos dicen nuestro corresponsal, abandonaron Suckum tan de prisa, que ni tiempo tuvieron para llevarse sus provisiones; equipos militares, cañones y hasta los archivos de la colonia, todo cayó en poder de los tcherkesses. Sus casas amuebladas, sus bodegas con vino en abundancia, han proporcionado un rico botín á los habitantes de ese territorio. Suckum es un grande establecimiento; tiene casas de piedra y hermosas arboledas, un soberbio jardín botánico, espaciosas habitaciones para los oficiales, una escuela militar para los cadetes, buenos cuarteles, etc.

» Las defensas de la ciudad se componían de un antiguo fuerte genovés, cuadrado, con bastiones y en mal estado por la parte exterior. Este fuerte, que se halla á la izquierda mirando á la ciudad, estaba armado con unas veinte piezas de artillería.

» Por el otro lado de la población y tambien á orillas de la mar, se eleva una vasta trinchera provista de ocho piezas de artillería. Entre estos dos puntos, y hácia el fuerte, hay otra batería de tres piezas; pero la principal defensa era el vasto campo fortificado, situado á unos 1000 metros detrás de la ciudad, y al extremo de la calle mayor, sobre una altura aislada, á la cual se llega por un camino practicable para los carruajes. Este campo fortificado encierra cuarteles para unos 5000 hombres y un hermoso hospital. La guarnición, que constaría de 6000 hombres, tomó el camino de Redut-Kaleh, de donde se dirigió al interior des-



Campo fortificado de Utchamur.

pues de haber recogido la guarnicion de esta última plaza.

» Los turcos mandaron á Suekum á Seffer-bajá, hombre muy diestro, buen soldado, y que toda su vida, por decirlo así, ha hecho la guerra en ese territorio. Desgraciadamente le tienen allí solo con unos pocos oficiales y sin un soldado regular. Además de las piezas de artillería pesada que abandonaron los rusos, le

han enviado dos obuses y una batería ligera, servida por dos oficiales de artillería sin artilleros, y aun es preciso advertir que uno de esos oficiales perdió los brazos delante de nosotros, al hacer un saludo á la fra-

gata turca que acababa de tomar á bordo á Mehemet Emin, naid de Schamyl para transportarle á Varna.

» Adjunto va un retrato de ese personaje tomado á escondidas lo mejor que pude; Mehemet Emin es un profeta, jefe de su religion, y nunca hubiera consentido en que le retrataran.

» Desgraciadamente no puedo entrar en ningun detalle sobre lo que ha pasado por la costa hasta Anapa, pero enviaré sin falta los



Murad-bey, jefe de los bachi-bozüks auxiliares,



Circasianos apostados sobre los árboles.



El Naib, ó enviado de Schamyl.



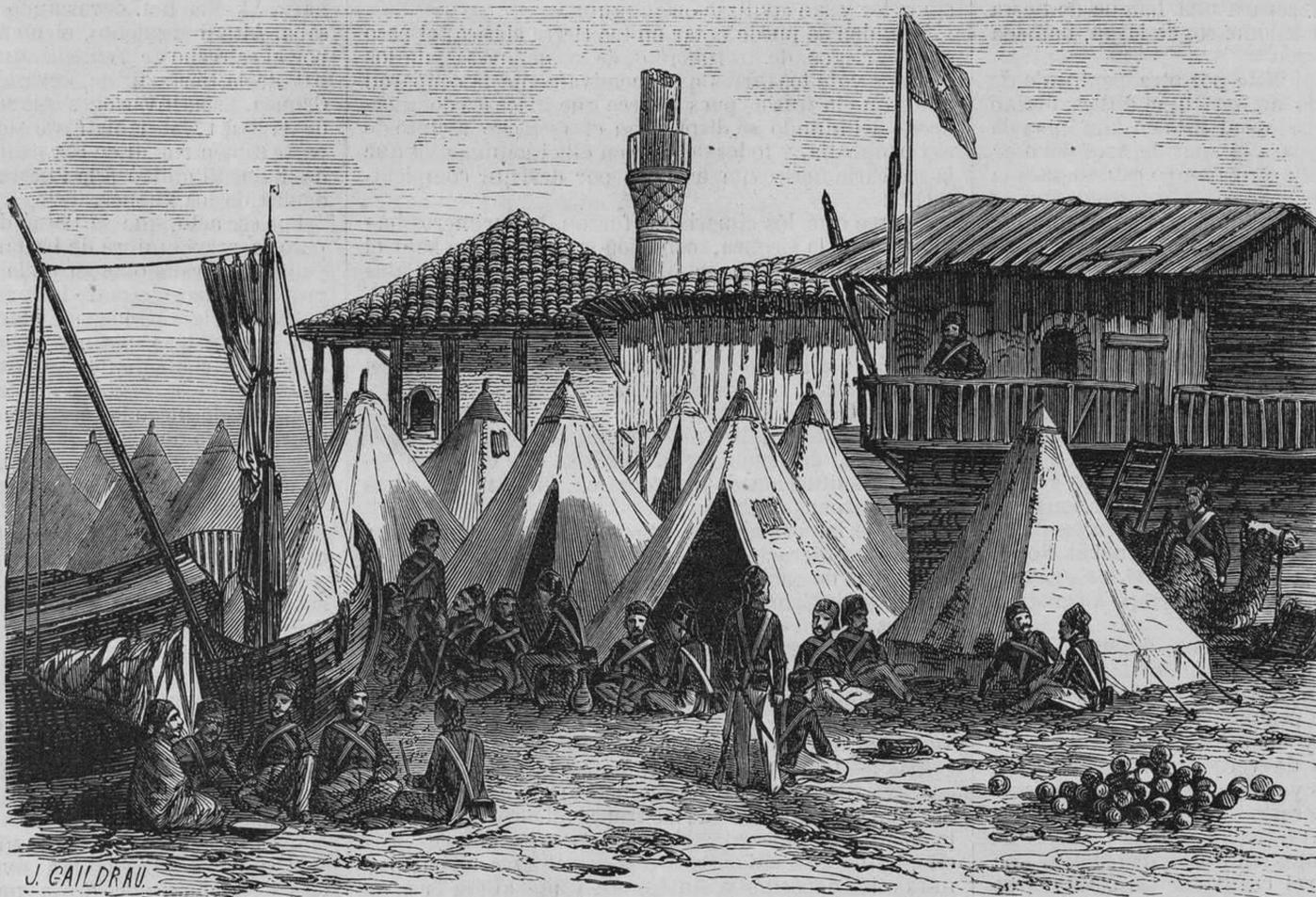
Gumereth.



Dadia.

Posiciones ocupadas por los rusos

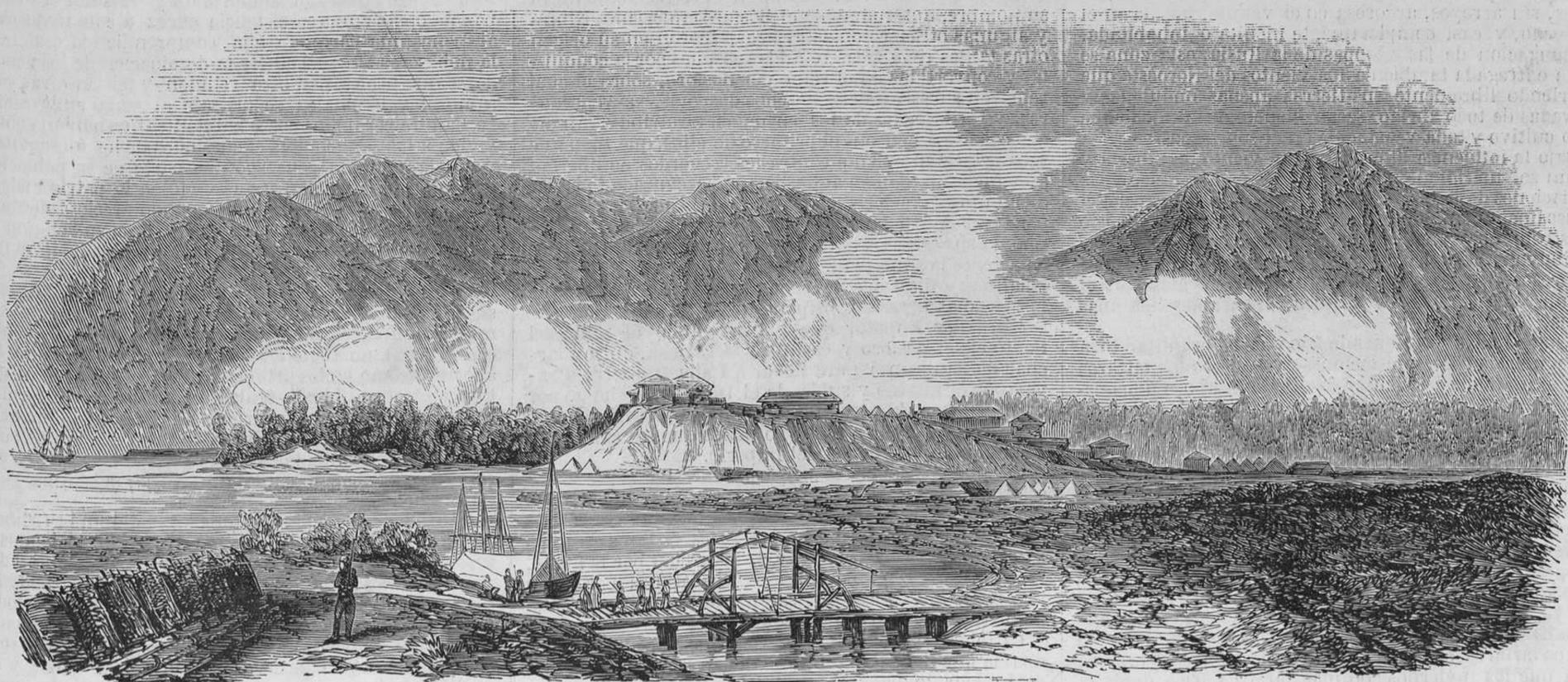
dibujos á medida que vayan hablando de nuestra expedición los diarios oficiales. Lo único que puedo decir, es que hemos visto los demás establecimientos abandonados por los rusos; todos se hallan completamente destruidos, y han obligado á los habitantes á marchar en su compañía. Solo ahora se puede conocer la importancia de esas colonias, y las pérdidas materiales que sufren los rusos al abandonarlas. En Gelindjik, verbigracia, puerto bastante bueno, no han dejado piedra sobre piedra, y sin embargo todas las construcciones eran de fábrica; habia paseos, jardines, nada faltaba, y es de presumir que se contaban como unas



J. GAILDRAU.

Campamento turco de Batum.

doscientas, casas, con una hermosa iglesia, vastos cuarteles y un palacio del gobierno. Hoy solo habitan en esas ruinas donde no flota ningún pabellón, unos veinte tcherkesses. Llegamos á Sujak con el *Samson* que se unió con nosotros en Suckum. Los señores oficiales tenían orden de estudiar detenidamente esa posición, lo que ejecutaron llegando hasta debajo de las baterías de la plaza. A pesar de los frescos cañonazos que tiraron para probar el alcance de las piezas y calcular las distancias, las baterías permanecieron mudas, y lo mismo sucedió en Anapa donde por espacio de una hora estuvimos al alcance del cañón de la plaza, distinguien-



Chef-Ketil.

do muy bien á los artilleros rusos que nos apuntaban, hasta que fondeamos en la rada para dar tiempo á los oficiales á que terminaran su encargo.

» Pienso que en breve podré enviar á Vds. dibujos de acciones de guerra.»

Otras correspondencias anuncian con la misma fecha, que la expedición prevista por M. Durand-Brager se dirigió sobre Anapa y Sudjud-Kalé. Esperamos la confirmación con la noticia de que se han tomado esos dos puntos importantes.

La Crimea.

Como según las probabilidades, el ejército aliado ocupará próximamente la Crimea, nos parece digno de interés un ligero estudio sobre ese territorio.

La Crimea es una península unida á la Rusia meridional por un istmo de unos 32 kilómetros de largo, y de una anchura que varía entre 8 y 22, llamado por los occidentales istmo de Perecope, y por los turcos y los orientales istmo de Orkapi.

Esta península conocida en la antigüedad con el nombre de Quersoneso Taurico se halla rodeada por el mar Negro al Sur, al Este, y al Norte en parte; en lo demás se halla limitada por el continente, el estrecho de Kertch ó de Laman, y el mar de Azof, ó para hablar con más exactitud, por el Sivach ó mar Pútrida. Es un lago de agua salada y fétida, que solo comunica por un canal de unos 100 metros de anchura con el mar de Azof, del que la separa una lengua de tierra estrecha, de cerca de 100 kilómetros de larga, llamada la Flecha de Arahát.

La Crimea se termina al Este por otra península de 90 kilómetros de larga, la de Kertch, el antiguo reino del Bósforo que, prolongándose al Este en una línea de Terdosia hácia Arabat, separa el mar de Azof del mar Negro ó Puente Euxino. En otro tiempo estuvo aislada de la Crimea propiamente dicha por una fortificación de la que se conservan todavía algunos restos, y que fué reparada en muchas épocas por los reyes del Bósforo.

Deduciendo esta lengua de tierra, la Crimea afecta la forma de un cuadrilátero cuyas orillas corroidas por las olas tumultuosas del mar Negro, presentan líneas bien acusadas, en tanto que las playas bañadas por las aguas tranquilas del Sivach se hallan surcadas de cortes infinitos que penetran en aquellas tierras llanas y bajas, formando pantanos que se utilizan para la producción de la sal, una de las riquezas del país.

Esta península situada entre el 44° y el 46° grados de latitud Septentrional, cuenta en su mayor longitud del Este al Oeste, del estrecho de Kertch á la punta de Tarkhenbut, 320 kilómetros y 200 del Sur al Norte, desde el cabo Ai-Todor, Kriu-Met-Opon de los griegos, hasta la muralla destinada en otro tiempo á cerrar el istmo de Perecope.

La parte meridional de la Crimea, de Balaklava á Kaffa, en una extensión de 30 y 40 kilómetros, es montuosa, se halla cubierta de jardines y viñedos, y tiene abundancia de agua, que proviene de las nevadas cúspides del Tchafyr-Dagh y de otros picos de segundo orden. Cadena de rocas y de verdosas colinas presenta sitios unas veces risueños y otras sombríos, pero siempre de una belleza pintoresca, y que recuerdan las hermosas comarcas suizas é italianas. Sobre todo el litoral, abrigado de los vientos del Norte, disfruta de una temperatura que permite el cultivo de las plantas y de los árboles del Mediodía. Es el jardín de la Rusia. Pero en cambio la parte Septentrional en una extensión de 150 kilómetros, y toda la península de Kestch, no forman más que una llanura inmensa, arenosa, sin árboles, sin arroyos, ardorosa en el verano, helada en el invierno, y casi completamente inculta ó inhabitada. Prolongación de las estepas de la Rusia, esta zona se halla entregada también á los vientos del Noroeste que barriendo libremente sus tierras apenas onduladas y privadas de todo abrigo, secan el suelo de tal modo que todo cultivo y toda vegetación en él son imposibles.

Bajo la influencia alternativa del viento de Siberia y de un sol meridional cuyos ardores nada tempera, las variaciones de la temperatura se suceden sin transición brusca. El clima de la montaña es sin embargo más benigno y más igual que el de la llanura; y se atribuyen á las noches glaciales que suceden á los días calurosos, las fiebres intermitentes conocidas con el nombre de fiebres de Crimea, incurables las más veces.

Estas rápidas sucesiones de frío y de calor quitan toda la regularidad á las estaciones, y por eso los tártaros tienen un modo particular de dividir el año. La primavera dura 60 días, y es del 23 de abril al 22 de junio. Después viene lo que llaman el largo verano que principia el 23 de junio y acaba con el mes siguiente. El intervalo de los 25 días, del 1.º al 25 de agosto, es una estación intermedia que llaman *agostos*. El 26 de ese mes, se entra en el otoño que se prolonga hasta el 26 de octubre, y los 36 días siguientes no pertenecen á estación ninguna. El invierno comienza el 1.º de diciembre, y dura hasta el 4 de febrero; luego siguen 24 días llamados Gutschukat, y por fin, los 53 días que median del 1.º de marzo al 23 de agosto forman un espacio intermedio entre el invierno y la primavera.

Los tártaros en su antipatía hácia los rusos, pretenden que los inviernos son más largos y fríos desde la dominación moscovita; sin aceptar esta aseveración en su generalidad, se puede decir que la destrucción de los

bosques y plantíos, operada por los soldados de los Czares en grande escala, ha modificado el clima en muchos puntos. Tan grande ha sido la devastación, que en una sola invasión, los rusos han destruido más de mil aldeas de la parte Septentrional. A principios del siglo, los viajeros podían notar aun la culpable indiferencia con que se cortaban y arrancaban por todas partes los árboles y aun los matorrales; haciendo desaparecer de ese modo los obstáculos que neutralizaban algún tanto los vendavales del Noroeste, se ha podido en efecto modificar la temperatura.

Si las provincias rusas situadas entre el Volga y el Dniester, son una tierra sin tradiciones históricas, sin otras antigüedades que los kurganes para atestiguar las civilizaciones más ó menos avanzadas que precedieron al estado actual, en cambio se notan en la línea las huellas de los muchos pueblos que la habitaron sucesivamente. La Crimea figura en los cuentos fabulosos y en las historias que oímos en nuestra niñez, y tiene ciudades cuya fundación data de más de 2400 años.

No lejos de Sebastopol, en la punta S. O. de la península, se elevaba el templo de Diana, donde Ifigenia reconoció á su hermano que iba á sacrificar á las divinidades implacables de la Taurida. Kaffa, por su aspecto italiano, recuerda la dominación de los genoveses, aquel pueblecillo que en la edad-media estableció su imperio sobre todas las orillas del Mediterráneo y del mar Negro. En Baghtchet-Sarai, el palacio de los Jarques es una maravilla de arquitectura oriental nos muestra el lujo fantástico que gastaban los khanes de Tartaria, que nos representamos como guerreros errantes sin artes y sin civilización ninguna.

También se puede notar en esa tierra clásica, el paso de los griegos, de los romanos, de los genoveses, de los tártaros y de los turcos que sucesivamente la ocuparon antes que la Rusia, pues parece que todos los dominadores del mundo se disputaron el estrecho recinto de esa península, y todos dejaron en ella monumentos que la barbarie moscovita acabará por destruir completamente.

Se cree que los cimerianos fueron los primeros habitantes de la Crimea, conocida en su tiempo bajo el nombre de Taurida, nombre que la restituyó Catalina.

Aquellos pueblos salvajes inmolaban sin piedad á los desgraciados que la borrasca arrojaba á su suelo inhospitalario, llamando á sus dioses para que consagraran los crímenes que la hacían cometer el ansia del botín y el odio á todo lo extranjero.

Los griegos, y sobre todo los milesianos atraídos por la fertilidad del suelo, y la facilidad que ofrece al comercio la situación de esa comarca, fundaron muchas colonias en sus orillas.

Una de las principales, Quersona, era la capital del Quersoneso Heracleótico, punta de sierra situada al Sur de la rada de Sebastopol, antiguamente separada de lo demás de la Crimea por una muralla que los colonos griegos habían establecido, con ánimo de defenderse de las incursiones de los indígenas. Marchando de Sebastopol á Balaklava, se encuentran aun los cimientos de aquella muralla que se extendía de Inkermann á la costa meridional. La república quersonita se mantuvo hasta fines del séptimo siglo de la era cristiana.

Esta pequeña península se halla sin duda destinada á convertirse en teatro de combates muy encarnizados. Sea que el desembarco de las tropas aliadas se espere en las bahías cercanas al cabo Quersoneso, sea que el ejército destinado á sitiar Sebastopol establezca en sus llanuras los depósitos y almacenes, y fije allí la base de sus operaciones contra el gran arsenal cuya ocupación es uno de los principales fines de la guerra presente.

Kaffa ó Teodosia en la costa oriental no lejos del mar de Azof; Kertch ó Panticapea; en el estrecho que lleva su nombre, antiguamente el Bósforo cimeriano, Ninfea y algunas otras colonias griegas, fueron en su origen otras tantas repúblicas reunidas después por la conquista, y convertidas en el reino del Bósforo, sobre el cual reinaron sucesivamente muchos déspotas, ya vencedores, ya tributarios de los Sarmatas. Se atribuye un dicho célebre á Leucon, el primero de ellos, que tuvo que luchar incesantemente contra los recuerdos de libertad que quebrantaban su autoridad mal asegurada todavía, dicho muy característico de las necesidades de todo poder fundado por la violencia. Habiendo reconocido que uno de sus esbirros había causado por medio de falsas delaciones la muerte de muchos inocentes, le dijo estas palabras: «miserable, te haría morir si no conociera que los déspotas necesitan bribones de su especie.»

Mitridates Eupator que había reunido al reino del Ponto el del Bósforo y casi toda la Crimea, quiso marchar de Panticapea para llevar á Italia la guerra atravesando el Euxino y subiendo el Danubio. Vendido por su hijo y por su ejército, este príncipe pereció dejando sus estados en poder de los romanos que los convirtieron luego en provincias del imperio.

Los pueblos del Norte ocuparon sucesivamente y desolaron la Taurida, excepto la costa meridional, que quedó sometida al imperio griego hasta la invasión de los tártaros de la horda de oro. Estos tártaros errantes bajo el mando de Batu-Khan, se esparcieron por la Rusia, la Hungría y la Polonia, y se apoderaron por largo tiempo de la Crimea, que se hizo la residencia de uno de los descendientes del conquistador.

La tolerancia de estos nuevos amos permitió al comercio que floreciera nuevamente en esa tierra destinada á servir de depósito á la Europa y al Asia. Bien luego los genoveses atraídos por la esperanza de llevar á cabo negocios lucrativos, compraron á uno de los sul-

tanés el rincón de tierra donde edificaron Kaffa, que pronto fortificaron de modo que nada tenían que temer de sus vecinos.

Balaklava, Sudagh y algunos otros puntos sobre la costa meridional, aseguraron á esos republicanos el imperio de sus ricas comarcas, y aun llegaron á punto de invadir toda la península, cuando Mahoma II, llamado por los tártaros, obligó á capitular á los pueblos genoveses, puso guarnición en los puertos más importantes, y devolvió los otros á los khanes que se habían hecho sus vasallos.

Desde esa época, la Crimea fué la cabeza principal de la pequeña Tartaria, imperio que se extendía desde el Pruth hasta junto al Volga. Hallábase habitado por los tártaros propiamente dichos, que ocupaban la península; las tribus errantes entre el Danubio y el Don, y los circasianos que se habían fijado á las orillas orientales del mar Negro y en las primeras vertientes del Cáucaso.

Hasta los enemigos de los musulmanes se hallan contentes en decir que en la Crimea se entendía muy bien la agricultura, que había muchos establecimientos de instrucción elemental, y en fin, que los pueblos estaban perfectamente administrados. Sin duda alguna la Crimea estaba más poblada y era más rica, antes de pasar bajo el dominio de los Czares.

Pero los rusos extendían sus conquistas hácia el Mediodía, pues tenían que vengar los destrozos que los tártaros extendieron muchas veces hasta Moscou. En la guerra de 1736 y 1740, el mariscal Munich después de haber tomado por asalto la fortificación de Perecop, penetró hasta Ak-Metchet, devastando el territorio que atravesaba. Al año siguiente, el mariscal Lasey, cuando pasó por el estrecho de Yenitchi, que separa la flecha de Arabat de la tierra firme, devastó también la llanura de Crimea. Estas invasiones que se renovaron en la guerra de 1769 á 1774, habían transformado en un desierto la parte septentrional de esa península, cuando el tratado de Kaiardji obligó á la Puerta á reconocer la independencia de los khanes.

Por ese acto, que se llamó de emancipación, se estipuló la servidumbre de los tártaros. La Rusia, no creyendo que podía obtener de la Turquía la cesión de esa provincia, por causa de las preocupaciones; acendradas la hizo declarar independiente, y provocando después con sus intrigas motines y revueltas, intervino entre el khan y sus súbditos sublevados, burlándose de los tratados que se oponían á ello. A título de protectora, ocupó desde luego los Estados de Sahim-Gherai, el que avoronzado del papel que le imponía, los cedió á Catalina, antes que permanecer soberano de nombre, pero en realidad esclavo de la emperatriz.

La Turquía, demasiado débil á la sazón para empeñarse en una guerra cuyo fin debía ser reconquistar lo que había abandonado, ratificó los hechos consumados, y sufrió la pena de la imprevisión ó de la traición de sus negociadores.

En 1783 estaba consumada diplomáticamente la incorporación de la Crimea al imperio ruso, y los Czares pudieron preparar en Sebastopol los medios de invadir un día Constantinopla.

Según el duque de Ragusa, que estaba bien informado, la escuadra de Sebastopol en conformidad á las órdenes del emperador debía estar siempre dispuesta para recibir á bordo una división de 16000 hombres, acantonados en la península cerca de ese puerto. Como el embarque podía efectuarse en cuarenta y ocho horas y la escuadra podía darse á la vela inmediatamente, gracias á los vientos del Norte que reinan casi siempre en el mar Negro, en menos de cuatro días la flota y el cuerpo de desembarco podían hallarse á la entrada del Bósforo.

Si la raza tártara, abandonada á sí misma, era incapaz de oponer una resistencia eficaz á sus invasores, al menos una parte de ella, comprendiendo casi toda la nobleza, se negó á sufrir la dominación de los vencedores que profesaban otra religión y tenían otras costumbres y lenguaje; se sustrajo al yugo emigrando. La llanura perdió los pocos habitantes que habían sobrevivido á las sangrientas excursiones de los moscovitas, y solo la montaña conservó una parte de su población mas adherida al suelo, y que vivió en la patria aislada de sus conquistadores, y conservando preciosamente el depósito de sus usos, de su lengua, de su religión de todo aquello que constituía su nacionalidad, sin el imperio.

De este modo, pues, al cabo de setenta años de posesión, los rusos no forman en la Crimea más que una minoría imperceptible, perdida en medio de un pueblo, con el cual no tienen relaciones íntimas, y que los aborrece como en los primeros tiempos de la conquista. Funcionarios públicos, soldados ó propietarios, forman una casta distinta y superior; la costa meridional es para ellos un lugar de recreo donde se retiran los súbditos del Czar al fin de su carrera para disfrutar, en sus casas y palacios, sin salir de la Rusia, del clima y de los productos del Asia menor.

Entre los 200,000 individuos que habitan la Crimea, según el último censo, no incluyendo los soldados y marineros, los aldeanos rusos, siervos transplantados por sus amos, solo ascienden al número de 3000; los griegos, armenios y judíos, que residen en casi todos los pueblos, son 4500; los colonos extranjeros, alemanes en su mayor parte, llamados allí, con muchos gastos, para poblar aquel desierto y cultivar las viñas y los jardines de los rusos, serán unos 3000. De modo que lo demás, dejando aparte algunos miles de gitanos errantes, es de raza tártara, la que forma por sí sola las 19

vigésimas partes de la población. Por consiguiente, solo esta raza se debe estudiar, si se quiere tener una idea de la Crimea, ó si se quiere calcular la resistencia ó el apoyo que debe encontrar una invasión extranjera en aquellas poblaciones.

Esto es lo que nos proponemos hacer despues de haber dicho cuatro palabras sobre las razas judía, griega y armenia que monopolizan casi todo el comercio de la península y que por eso mismo tienen mas importancia de la que podía suponérselas, segun su número.

Los griegos y los armenios fueron en otro tiempo mucho mas numerosos en la Taurida, pero en 1778, Catalina, cubriendo con un fermentado interés por sus correligionarios el deseo de poblar nuevamente la Rusia meridional, hizo llevar por fuerza á las estepas del Don y del Dnieper á todos los cristianos que habitaban la península sometida aun de nombre á la autoridad de los khanes; 30,000 colonos, segun unos, y cerca del doble segun otros, se vieron pues obligados á establecerse en un desierto, donde el cansancio de un largo viaje, la indiferencia hácia la autoridad que no habia preparado nada para recibirlos, y el frio mas penetrante aun que en la Crimea les hicieron morir á casi todos. La península se quedó despoblada sin que la Rusia meridional hubiese ganado en habitantes.

Los griegos actuales se componen en parte de los descendientes de insulares del archipiélago, ó de la Morea que comprometidos en la guerra de 1769 á 1774 por haber tomado el partido de la Rusia contra la Puerta, fueron á refugiarse, cuando se hizo la paz, á la Crimea. El gobierno les dió tierras y formó con ellos un cuerpo de milicia, que aun en el día, se halla encargado de guardar las costas. Su estado mayor reside en Balaklava; es un ensayo de colonia militar que ha salido mejor que los otros, porque esos soldados no hacen mas que un servicio local, ya sean labradores ó comerciantes.

En cuanto á los judíos que habitan el país de muy antiguo, pertenecen casi todos á la secta llamada de los karaitas, que pretende haber conservado el judaísmo puro de Abraham y de Moisés, sin la mezcla posterior de las doctrinas talmudistas, tomadas primitivamente de las tradiciones religiosas de los pueblos asiáticos. Su separación del gremio religioso, data segun parece, de la dispersion de los judíos despues de la toma de Jerusalem por los reyes de Babilonia. Establecidos primeramente en la Persia, hubieron de trasladarse luego á las orillas del mar Negro, pasando por el Cáucaso, se esparcieron por la Rusia y fundaron algunas colonias en Constantinopla y en Egipto. Habiendo permanecido extraños á la historia de los judíos y á la muerte de Jesucristo, no aborrecen ni desprecian á los cristianos ni á los mahometanos, los cuales á su vez los miran tambien con benevolencia. Por otra parte, justifican el favor que disfrutan, por la moralidad que preside á todos sus negocios, y por sus cordiales relaciones con los que profesan una religion distinta. Hablan un dialecto tártaro, y se distinguen principalmente de los judíos talmudistas y rabinos de quienes viven separados, por lo bien que cuidan el exterior de sus personas, y por el aseo de sus habitaciones. Todos ellos están dedicados al comercio, lo mismo que los armenios, y pasan los unos y los otros por muy justos y honrados. En el conflicto que se prepara, guardarán una neutralidad absoluta.

En cuanto á los griegos que no son labradores y marinos, y hay muy pocos, ejercen allí las industrias dudosas, esa profesiones equívocas que despiertan la vigilancia de la autoridad en todos los países. Habrá que desconfiar mucho de sus hábitos de espionaje, y es muy probable que si se mezclan con los soldados aliados, será con el doble objeto de robarles y de instruirse para dar parte de todo á las autoridades moscovitas.

ODA

Á LA MEMORIA DE LA CÉLEBRE CANTATRIZ

ENRIQUETA SONTAG.

DESABOGO POÉTICO.

Yo escuché de la tórtola el arrullo
Que en el regazo de la patria mia
Del aura con el plácido murmullo
Confundió su tristísima armonía.

Yo del ave canora los encantos
Disfruté en un deliquio misterioso,
Y apartando mis lúgubres quebrantos,
Probé un sublime y celestial reposo,
¡Alumbrando otra luz y otro planeta
La juventud aciaga del poeta!

Pero la muerte, con su voz de trueno,
Vino á decir: « Fenezca la belleza, »
Y disparó sobre tu ébúrneo seno
Su golpe rudo con fatal presteza:
¡Golpe que al genio colosal no humilla,
Sino que vuelve á Dios su maravilla!

Enriqueta murió como el aroma
Que derrama la cándida violeta...
Así plegó sus alas la paloma...

Así cerró sus ojos Enriqueta...
Vishumbriendo, al morirse, su memoria
El panorama excelso de su gloria.

Y con sonrisa angelical mirabas
Los lauros que en el cielo te ofrecía
El fúlgido querub, cuando espirabas;
Diademas puras de mayor valía
Que las que holló tu vagarosa planta
Al conmovér al mundo tu garganta.

Mas si el vate que implora despechado
El descanso tranquilo de la muerte
Por escuchar tu acento idolatrado,
Puedes, rasgando tu sudario frio,
Alumbrarle en la noche solitaria...
¡Baja á darle vigor á el labio mio,
Baja á alentar mi tímida plegaria!!

Oiga tus trinos siempre, cuando el mundo
Ebrio descansa en olvidado sueño,
Y así calmando mi penar profundo,
Mientras me aduerme el fúnebre beleño
Que trasporta á los hombres á otra vida,
Gemiré como triste peregrino
En mi carrera de dolor circuida,
Soñando con tu brillo diamantino...

¡Y tú cual musa animarás mi canto,
Y tú serás mi precursora estrella!...
¡Y yo enjugando mi salobre llanto,
Con tu recuerdo seguiré tu huella!...

JOSÉ RIVERA Y RIO.

Méjico, junio 19 de 1854.

Revista de la moda.

SUMARIO. — El cambio de las estaciones. — Dos palabras sobre la caza. — traje del cazador elegante. — Las carreras de caballos en el bosque de Boulogne. — Las levitas de hace diez años. — Los faldones de los paletos. — Modas de chalecos y pantalones. — Trajes de niños. — Descripción del figurin de este numero.

La última gente elegante que quedaba en Paris ha desaparecido con las vacaciones y la apertura de la caza. ¿Qué podemos decir de modas y de sastres? Además, las estaciones se han cambiado este año; ahora que estamos en otoño sufrimos los ardores del estío. Pero la grande preocupación del momento es la caza, palabra que despierta en la imaginación todo un mundo de cosas adorables; carretelas llenas de hermosas mujeres, intrépidas Amazonas que corren por los bosques, atrevidos cazadores montados en alazanes cubiertos de espuma, y á lo lejos entre los árboles las melancólicas modulaciones del cuerno de caza y los ladridos de las jaurias. ¡Magnífico espectáculo para la vanidad y diversion de los hombres!

El traje de estos aficionados á la caza es de una elegancia muy notable. Consiste en una casaca de paño verde muy fino y sedoso con bocamangas de terciopelo amaranto; el corte que se parece mucho al de los fracs á la francesa, representá faldones cuadrados muy anchos, con las puntas vueltas por delante; la botonadura es de piedras de color montadas en oro, ó de oro y plata con figuras ó trofeos alegóricos á la caza; el calzon es de rigor, sea ajustado ó sea ancho; el chaleco lleva largas faldetas, se abotona derecho hasta arriba, y lleva por lo regular de cinco á siete bolsillos. Así se presentan los señores cazadores ante los ciervos y los gamos. El traje no dará mucho cuidado á los animales, pues se creeria que el elegante cazador va á ofrecer su corazón y sus homenajes á alguna ninfa misteriosa, que se oculta, como la violeta, en una roca de cristal y de conchas. A lo dicho añadiremos que nuestro cazador afeminado no penetra jamás en un bosque sin llevar una camisa de rica batista con pechera calada.

Además de la caza tenemos otra cuestion á la órden del día; se trata de construir en el bosque de Boulogne un nuevo *turf* para las carreras de caballos y para las fiestas hípicas, que dejará muy atrás al de la Marche y al de Chantilly. ¿Lo lograrán? Fíguro dice que lo mas difícil no es emprender una cosa, sino saber llevarla á cabo.

Pocas son las novedades de modas que tengo que comunicar hoy á mis lectores. Se anuncia la levita cruzada y enteramente abotonada para la estación de otoño. Esta forma no es nueva, pues hará unos diez años que ya se vestían así los elegantes. Tambien se dice que los faldones de las levitas se llevarán mas largos, pero esto nos parece imposible, á ménos que no arrastren.

En cuanto á los chalecos y pantalones, los primeros carecen de forma determinada; los pantalones vuelven á ser algo anchos por abajo.

Los trajes de los niños se hacen cada día mas elegantes; la blusa triunfa de la chaquetilla, y se hace abierta por delante ó por los lados en línea recta ó al sesgo, segun el gusto y la naturaleza de la tela. En cuanto á las chaquetillas destinadas á los niños de seis á nueve y á diez años, se hacen de terciopelo, de casimir ó de céfiro de paño; los colores preferidos son el azul, verde claro, violeta y color de perla; algunas no llevan cuello y otras le llevan muy bajo, pero todas ellas tienen una sola hilera de botones. Los pantalones se siguen llevando plegados; la forma de los chalecos es derecha, con botones hasta arriba, y con un cuellecito estrecho y empinado.

Pasaremos ahora á la descripción de nuestro figurin, que representa varios trajes para la estación de otoño.

En primer término se ve un jóven de veinticinco años en traje de visita y de sarao.

El frac, de paño negro, va respunteado al borde todo él; no se abotona y las solapas caen hasta el segundo ojal; talle justo al cuerpo, derecho sobre la cintura; faldones largos hasta el jarrete, cuadrados sobre el delantero, y forrados de seda. Las mangas son anchas y sin bocamangas; su forro de raso de seda blanco llega hasta el borde, lo que es muy elegante, y presenta la ventaja de conservar siempre limpio el puño interior, lo que no sucede cuando se pone otro forro, ó se deja la vuelta natural del paño.

El chaleco de valencias color de paja, es de chal muy corrido, para que quede bien descubierta la camisa, y tiene poco largo sobre las caderas.

Pantalon blanco de hilo con un respunte á cordoncillo sobre las costuras exteriores de las piernas, como figurando un vivo. Este pantalon no lleva trabillas.

Sin parar la atención en la sombra del guarda campestre que se ve á lo lejos, diremos cuatro palabras sobre el traje ordinario de cazador que se descubre en segundo término.

No le llamamos traje ordinario, como queriendo decir que está destinado al vulgo de los cazadores; al contrario, es el traje comun de todo el mundo, y se hace lo mismo para los nobles que para los comerciantes y los industriales; en una palabra, es el traje adoptado por el verdadero cazador que atraviesa estanques y pantanos cuando se trata de correr tras de la caza, lo que á decir verdad le distingue por su mérito del traje de aquellos cazadores que van á caballo por las arboledas de un parque, donde la caza tiene que rendirse sin remedio. Por esta razon se designa generalmente ese ejercicio bajo el nombre de *montería*, que significa arte de cazar con perros toda clase de animales. El cuerpo de montería comprende oficiales de todos grados.

Pero ocupémonos del traje material tan delicioso para el parisiense en vacaciones, y para el provinciano aficionado.

En su conjunto no hay lujo ninguno; no se ve en él ni terciopelo ni galones; una levita ancha provista de muchos bolsillos envuelve el cuerpo cerrada hasta la barba, con una doble hilera de botones bronceados; mangas con bocamangas y abertura; faldon sobre la rodilla. En cuanto á los bolsillos, se deben poner muchos; ordinariamente se cuentan diez, á saber: uno en cada faldon, por encima, muy grande y cubierto con una cartera, y otro por debajo en el mismo sitio; otro á cada lado del pecho, otro colocado interiormente al lado izquierdo para la cartera, otro no muy hondo y de abertura pequeña para llevar los pistones abajo del delantero derecho, y no lejos del último boton, y por último, otros dos en los pliegues traseros.

Nada diremos sobre el chaleco cuya forma y tela no tienen nada de característico; en cuanto al calzon que se hace de piel de topo cenicienta, se ajusta solo á la rodilla, y entra en grandes polainas de cuero natural, que se cierran por un lado. Calzado con suela de corcho, y sombrero de fieltro gris á la montañés.

En tercer lugar, tenemos otro traje de caza de un género mixto que ocupa un término medio, entre el que llevan los grandes señores y los cazadores mas humildes; sin embargo, este traje se halla exclusivamente reservado para los hombres que cazan á caballo. La casaca, de un paño azul mezclilla de corte, cruza sobre el pecho por medio de dos hileras de botones de metal dorado; cuello y solapas pequeñas; talle un poco largo; faldones espaciosos, cuya parte superior, sobre las caderas, lleva una cartera cuadrada pegada en el embebido de cintura; mangas abiertas por debajo, con botones.

Chaleco de fantasía á la inglesa; calzon de piel muy ajustado.

Terminaremos la presente revista con la descripción del traje de estío de un jovencito de diez á once años, para campo, sumamente sencillo, para que cuando el jóven se quite el paletó, pueda entregarse con libertad á los juegos propios de sus años.

No es decir que ese paletó incomode, pues se hace de hilo, muy ancho y cae derecho por detrás y corto en su totalidad; tiene grandes solapas, pero suele llevarse abierto. La forma de su cuello es muy original, sobre todo en presencia de las solapas que, como hemos dicho, son bastante grandes. Esto nos recuerda el género llamado *á la sajona*, que tanto les gustaba á nuestros padres. Las mangas tienen tambien mucho vuelo, y llevan altas bocamangas redondas.

Chaleco de hilo de cuadros; cuello caído y bastante largo, pudiéndose abotonar ó quedar abierto para que se vea la camisa; pantalon tambien de hilo, ancho y sin trabillas, que cae naturalmente sobre el botín de la misma tela; gorrita de paja, guarnecida con un galon de seda.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Episodios de viajes.

CEREMONIAS FUNEBRES EN LAS ISLAS MARQUESAS.

Durante nuestra permanencia en Nukahiva, la isla mas considerable del grupo Noroeste de las Marquesas, murió Neitu, jefe de una bahía cerca de Laivae. Este Neitu era tio, y como tutor del rey Te-Moana; por eso gobernó en su nombre durante un viaje que el jóven rey hizo por Europa, viaje del que volvió habiendo visto, segun nos decia, Londres de cerca, y de lejos las costas de Francia. Seguramente no pensaba entonces que el jefe de aquella tierra que habia visto en lontananza se apoderaría un día de sus posesiones y reduciría á nada su autoridad salvaje. Te-Moana queria mucho á Neitu, de modo que sintió vivamente su fallecimiento, y los súbditos, imitaron de tal modo el dolor de su amo, que en toda la bahía reinó una tristeza profunda en aquel día.

Antes de contar como se hicieron los funerales, diremos algunas palabras del difunto que conocimos particularmente.

Neitu era un salvaje de unos cuarenta años, grueso y rechoncho; su vientre muy abultado, descansaba sobre unas piernas arqueadas, y su cutis era de color de cobre; sobre su frente afeitada, sus cabellos castaños separados en dos partes, se torcían en forma de cuernos, uno á cada lado.

A riesgo de pasar por detractor de Neitu declaramos que nada, en su robusta persona, parecía justificar la reputación de astucia y perspicacia que se había adquirido, y aun creemos que, en la época en que le conocimos, no podía existir en su cerebro hueco ninguno para la inspiración, que no estuviese lleno por el vino.

Neitu murió en setiembre, por ese tiempo de copiosas lluvias que cambian en torrentes los barrancos de Nukahiva, y penetran la atmósfera de una humedad fatal á los habitantes. El rey Te-Moana, queriendo honrar la memoria de un pariente, cuyas capacidades báquicas heredaba, dió la orden de transportar su cadáver á la bahía de Taioac, donde había pensado que se celebraran sus funerales.

Esta ceremonia tuvo lugar en una noche sin luna. El difunto fué depositado en la ballenera del rey y atravesó la rada escoltado por un crecido número de piraguas, desde donde el vacilante resplandor de las antorchas alumbraba caprichosamente los extraños actores de aquella escena lúgubre.

Los unos enteramente azules con las pinturas de sus carnes, llevaban sus cabellos retorcidos en cuernos á cada lado del cráneo; el pintado de los otros se reducía, en cuanto á la cara, en dos anchas bandas paralelas, una que pasaba sobre los ojos y daba á la mirada una expresión feroz, y otra que cubría la boca, dando mayor realce á la blancura de los dientes. Algunos llevaban los hombros cubiertos con un pedazo de paño escarlata cuyas puntas se ataban en el pecho, pero la mayor parte iban desnudos, pues no se puede contar como vestido el pedazo de tela tejida de corteza de madera que llevaban arrollada en la cintura.



Atua, sacerdote de las islas Marquesas.

Casi todos tenían grandes collares de cuentas verdes, ó de plantas entrelazadas.

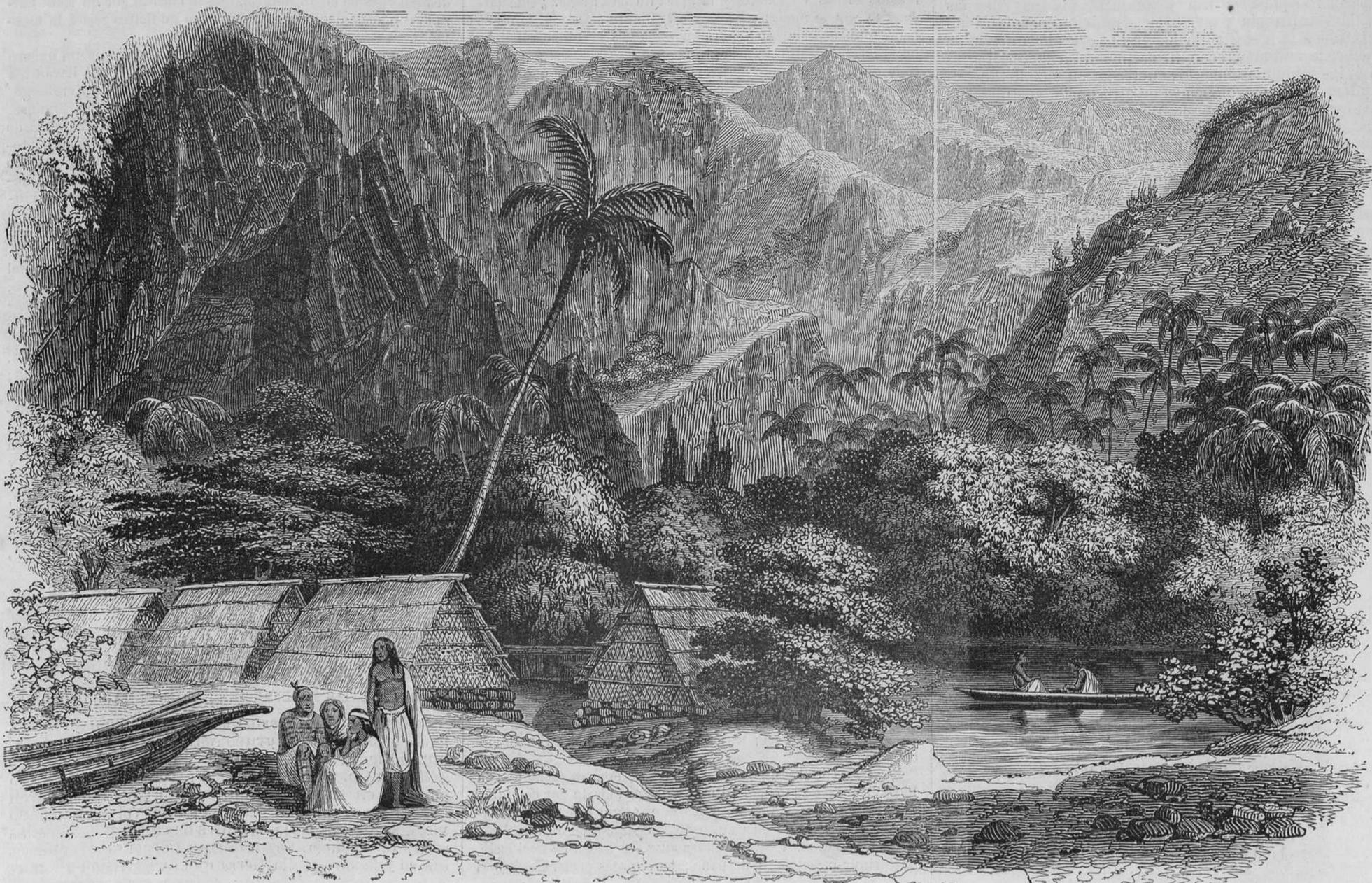
En cada piragua, llevaba un salvaje una antorcha muy ancha cuyos trémulos reflejos se extendían en lontananza sobre un mar revuelto por una brisa juguetona, y cuando las sacudían para avivar la llama, cada uno de sus movimientos hacía llover millares de chispas, y partículas de fuego que, impelidas por el aire, revoloteaban aquí y allá como mariposas de luz. Esta procesión se deslizaba lenta y silenciosa sobre la superficie de las aguas.

Un crecido número de mujeres esperaban la comitiva cerca de la casa de Te-Moane, que era donde debía efectuarse el desembarco. Sentadas en torno de una hoguera cantaban un *cammumu* lento y triste que acompañaban con palmadas. Algunas estaban en pie sobre las rocas como estatuas antiguas, y otras, medio desnudas corrían sobre la playa arrastrando sus capas blancas como mortajas.

A veces aquellas mujeres interrumpían su canto para mirar á la rada, y entonces lanzaban exclamaciones que mas que de dolor parecían de admiración por la procesión de los barquichuelos.

Por fin la ballenera fúnebre tocó á la orilla, y al punto la sacaron á tierra con mucha habilidad, lo mismo que á las demás piraguas que se quedaron en seco. Cuatro salvajes cargaron sobre sus hombros el tronco de árbol hueco donde habían extendido el cadáver de Neitu, y la comitiva se encaminó hácia una casa deshabitada, donde solo entraron algunos privilegiados como el rey, los sacerdotes, los ancianos y los parientes del difunto. La demás gente invadió la plataforma en cuya cuesta estaba construida la casa.

Entonces dispararon unos veinte tiros con fusiles cargados hasta la boca, lo que pareció alegrar infinito á la muchedumbre. Los chicos, turbulentos como en todas partes, corrían unos detrás de otros con cañas encendidas, que cuando tocaban las carnes ha-



Entrada del valle de Akaoui (Nukahiva).

cian soltar algunos gritos. En medio de la plataforma había dos tan-tanes de unos cinco piés de altura, sobre los cuales un sacerdote de una clase inferior pegaba golpes con sus manos abiertas, en tanto que otros dos músicos, acurrucados á sus piés, le acompañaban to-

cando sobre unos palos sonoros de diferentes dimensiones.

A pesar de este ruido infernal, y de los gritos continuos de los chiquillos, se oían salir de la casa mortuoria quejas y sollozos. Nosotros penetramos en la casa

sin que nos lo estorbaran, y he aquí el espectáculo que presenciábamos:

En medio de la choza, perpendicularmente á la entrada, el cadáver de Neitu, sentado en su féretro, y mantenido en esta posición por unos rollos de tela co-

locados detrás de sus hombros, recibía el ardiente resplandor de una porción de cañas encendidas. Aquella cara pintada, en que las contracciones de la muerte habían estampado un gesto horrible, no había conservado nada de su carácter primitivo. Los párpados estaban levantados, y el globo del ojo vidriado y fijo, se destacaba vigorosamente sobre el azul sombrío de las pinturas del rostro; los labios se habían contraído y dejaban á descubierto la dentadura, y las manos puestas hácia delante parecían haberse crispado en un esfuerzo para desgarrar el pecho.

Imposible sería pintar aquí el sentimiento de horror que experimentamos á la vista de aquel objeto repugnante, pero el lector lo adivinará fácilmente cuando sepa que Neitu había muerto hacia cuatro días, y que nos hallabamos en la época de los calores húmedos y pesados.

Sobre el cadáver habían extendido fastuosamente el uniforme rojo de Te-Moana, así como las charreteras y la gorra con galones de oro que le habían regalado los franceses. El rey estaba cerca de la cabeza del difunto, y de cuando en cuando le besaba con efusión sollozando y gimiendo estrepitosamente, aunque sus ojos estaban limpios de lágrimas. A veces se interrumpía para fumar una pipa, y los demás personajes sollozaban entónces á compás, rompiendo á veces la monotonía de sus lamentaciones con los golpes que se daban en la garganta y el estómago para producir sonidos entrecortados. A los piés del difunto estaba sentado un jefe supremo llamado Ope-Vahine, á quien todos decían que iba á morir pronto. El pobre diablo escuchaba con indiferencia esta revelación, pues sabía sin duda que no se equivocaban,

Su mujer sentada junto á él improvisaba como un recitado acompañado de ademanes y dirigido unas veces al muerto y otras á su esposo. Otras dos mujeres medio desnudas, frotaban los brazos y el pecho de Neitu con aceite de coco, ocupacion que interrumpían de tiempo en tiempo, la primera para pellizcar las narices al difunto, y la otra para darle palmadas sobre la boca, lo que no la impedía el dar de mamar al mismo tiempo á una criatura que tenía en brazos; un grupo silencioso compuesto de sacerdotes y de ancianos con anchos abanicos, estaba tambien á los piés del muerto, y por último en un rincón oscuro de la choza había algunas personas que roncaban fuertemente. Cuando empezó la lamentacion, la joven reina taheiaoco había dejado el puesto que ocupaba cerca de su marido, y se había ido con los indiferentes que conversaban sobre la plataforma. Allí se había sentado en

el centro de un grupo y fumaba en una pipa corta muy negra por el uso. Su marido acudió varias veces á instarla para que volviera al lado del difunto, y como ella no quisiera de modo alguno, el rey apeló á la *última ratio*, lo que tuvo un efecto desastroso, pues la rei-

sicos se transportaron con sus instrumentos á la choza, y preludiaron su horrible algarabía. Doce ancianos se sentaron en corro al rededor de una antorcha encendida; todos ellos llevaban en la cabeza gorros puntiagudos formados con una rama de coquetero, y en la mano anchos abanicos que movían con calma, mirándose unos á otros silenciosamente.

Un jefe llamado Pakoko, anciano, de una fisonomía dura y altanera, notable sobre todo por el color azul que cubría todo su rostro, y por un largo ramillete de barba encanecida que le caía sobre el pecho, se sentó fuera del círculo. Una joven casi desnuda, cuya espesa cabellera negra caía sobre unos hombros de un contorno perfecto, se hallaba tendida sobre una estera y frotaba con su mano untada de aceite la pierna de Pakoko para calmar sus dolores reumáticos. Este, aprovechándose de una tregua que le dejó el dolor, alzó su abanico y pronunció algunas palabras, á cuya señal, uno de los ancianos del corro entonó el *cántico de los ancianos*, que era como un recitado, parecido al canto llano de nuestras iglesias; otros viejos le acompañaron.

Ese *cántico*, que duró media hora, era el panegírico del difunto, con este coro que repetían á menudo:

Llorad, viejos, llorad por el muerto;
vosotros tambien estais próximos al sepulcro;
llorad, llorad, que ya llorarán por vosotros.

Sin embargo, las mujeres que frotaban con aceite los brazos y el pecho de Neitu, concluyeron por venderle la cabeza, y le arrojaron sobre el cuerpo un ropaje blanco. Algunos jefes trajeron al centro del grupo de los viejos un puerco asado, con dos enormes cántaros de *papai* (fruto del árbol del pan, machacado, fermentado y desleído en agua). Los cantores se callaron, y principió el festin. Los salvajes despedazaron el puerco en un instante con unas cañas afiladas; sacaron primero el hocio que llevaron junto al difunto, dieron su parte al rey, y luego á los jefes, y por último les llegó su vez á los demás convidados cuyo apetito parecía formidable. Al cabo de algunos minutos de una masticacion ruidosa, el puerco había desaparecido como por encanto, y el *papai* corrió la misma suerte.

Terminado el festin, la choza se quedó solo con tres mujeres encargadas de velar al muerto, y un individuo que gemía en un rincón; era Ope-Vahine, el jefe enfermo de quien ya hemos hablado.

Al otro dia la casa mortuoria estaba vacía entera-



Morai, monumento fúnebre.

na se levantó, y le apostrofó con tanta energía, que todos los asistentes se quedaron atónitos. Nuestro intérprete nos previno que iban á ejecutar el *cántico de los ancianos*. En efecto vimos que los mú-



Mujer de Nukahiva cuidando á una muerta.

mente. En vano interrogamos á los salvajes, pues nos fué imposible saber el sitio donde habían transportado el cuerpo de Neitu. Quizás temían la profana curiosidad de que habíamos dado ya tantas pruebas..... Algunas semanas despues de la ceremonia que hemos

relatado con fidelidad, paseándonos por los estrechos senderos y bajo el cielo implacable de Nukahiva, nos detuvimos rendidos de cansancio junto á una choza, donde había algunos salvajes ocupados en tostar el *inei* (fruto del árbol del pan) sobre unas piedras enrojadas

al fuego. Les saludamos, y haciéndoles señal de que teníamos mucho calor, uno de ellos se fué á buscar una caña ancha y larga, que estaba en la choza, y que era su depósito de agua dulce, é inclinándola hasta nuestros labios la sostuvo mientras bebíamos con avidez.

Les ofrecimos algunos cigarros, y ellos nos convidaron á comer pescado crudo y *popi*; en una palabra, nos hicimos muy amigos.

El ruido de la conversacion hizo salir de la choza á varias mujeres que nos pidieron tabaco y dinero, y una de ellas extendiendo la mano hácia la choza, nos hizo señal de que entráramos, repitiendo estas dos palabras: « *Neitu aha.* » (Ahí está Neitu). Repetidas veces nos resolvimos á penetrar por la abertura de aquella choza, de la cual salía por ráfagas, como de la boca de un monstruo mitológico un aire caliente y pestífero que nos hacía retroceder al punto; sin embargo la curiosidad venció á la repugnancia.

Neitu, muerto hacía tantos días, estaba allí en efecto tendido en su féretro, y á su lado había hombres, mujeres y niños, llenos de fuerza y de salud, que comían y dormían en medio de aquella atmósfera nauseabunda.

El difunto estaba colocado perpendicularmente al tabique mas alto de bambu que en todas las chozas hace frente á la entrada. Sobre su cabeza habían colgado de una zarza el hocico de puerco que le reservaron el día de los funerales. La extremidad inferior del féretro pasaba por entre dos estacas paralelas que servían para sostener horizontalmente á algunos pies del suelo, un bambu cuyas puntas se hallaban bien amarradas á la misma altura sobre los palos. Todas las noches incorporaban en su caja el cadáver de Neitu, cuya descomposición presentaba un aspecto horroroso; le ataban bien los puños sobre el palo horizontal, y en esta posición, las mujeres le restregaban con sus manos untadas de aceite de coco. Mientras duraba esta operacion, cantaban en loor del difunto.

Nos abstendremos de consignar aquí los pormenores de esa ceremonia que presenciáramos pocos días despues porque por cierto son mas que repugnantes.

El uso de conservar á los muertos durante meses enteros entre los vivos, no es excepcional para los jefes en Nukahiva, si bien es verdad tambien que no todos los individuos participan de este privilegio. Mas de una vez en nuestros paseos las ráfagas de viento denunciaban á nuestros olfatos la proximidad de un depósito fúnebre, y nos obligaban á cambiar de camino. Estas asquerosas emanaciones se calman sin embargo con el tiempo. Pudimos convencernos de esta verdad un día que el acaso nos llevó cerca de una choza sobre cuya plataforma había una mujer acurrucada con un ancho abanico en la mano que agitaba constantemente. Esta mujer cuidaba á una muerta tendida en un tronco de árbol cortado en forma de piragua. Un ancho pedazo de tela envolvía el cuerpo; el cutis de la cara, única parte del cadáver que se hallaba descubierta, estaba amarillo, seco y estirado como un pergamino sobre los huesos. Su cabeza se hallaba rodeada con un pañuelo rojo procedente de algun cambio con los europeos; el cadáver frotado con un aceite teñido de amarillo, había tomado el color del palo de sándalo, y expuesto cada día al sol y al aire libre, se había vuelto una momia sin olor ninguno.

La mujer que cuidaba á la difunta parecía tener unos treinta años; su cabellera espesa y rebelde caía sobre sus hombros fuertes y robustos; sus facciones eran muy toscas; una boca sumamente ancha y morruda, y unas mandíbulas abultadas y salientes, contribuían á dar á su cabeza una expresion serena y ferroz. Agitaba sin cesar su ancho abanico, y murmuraba en voz baja palabras misteriosas que dirigía á la muerta ó á seres invisibles, ocupacion que interrumpía de cuando en cuando para ahuyentar á los cerdos importunos que venían á gruñir á su lado.

M. R.

Isla de Fernando Póo.

No habrá seguramente un país mas desconocido, mas extraño á nosotros que la isla de Fernando Póo, y sin embargo esta isla pertenece á España, y en nombre del gobierno español se dictan en ella disposiciones. No parece sino que nuestras posesiones ultramarinas son tan numerosas que esto puede entorpecer la marcha de su administracion, ó que la isla de que hablamos es tan estéril, tan mal sana, tan escasa en fin de interés é importancia, que casi nos hacen un favor los ingleses que se han tomado allí el trabajo de enriquecerse por nosotros, y de ser sus verdaderos y absolutos señores. En cuanto á lo primero, no nos creemos en el caso de refutarlo seriamente; en cuanto á lo segundo, dirémos todo lo que de la isla de Fernando Póo hemos sabido, y nuestros lectores juzgarán. Precisamente esta isla sin saber porque, ni para que, es desde hace algun tiempo nuestra pesadilla.

La isla mencionada fué descubierta por un hidalgo portugués llamado Fernando de Póo, nombre que dió á su descubrimiento, á últimos del siglo XV en 1495 segun algunos, y segun otros en 1441. Conquista del Portugal, perteneció á este reino, opulento entónces, hasta que se adjudicó á España, al mismo tiempo que la otra isla de Annobon, por el tratado que se firmó en el Pardo en 1778.

Se encuentra situada la isla de Fernando Póo en el golfo de Guinea en 2° 36' N. al S., de los Ambozes, á ocho leguas de la tierra firme y en la boca de la ensenada de varios rios, algunos de los cuales se llaman Calabes, Benin y Camarones. Propiamente hablando, la isla se halla en la embocadura del Niger, pues los dos prime-

ros citados son mas bien brazos en que se divide el mismo Niger al pasar por la hermosa y grande ciudad de Kirri.

Las naciones de Europa han hecho grandes é importantes descubrimientos en el Asia y mar Pacifico, que unidos á los que existían de antemano, y principalmente los nuestros en América, han dado al comercio en estas dos partes del mundo con Europa un desarrollo tan creciente y formidable que parece debió dejar satisfecha la mas desproporcionada ambición. Sin embargo sus aspiraciones han ido creciendo á medida de los resultados, y Europa se dispone á explotar otra mina riquísima, penetrando con su comercio en el oscuro y desconocido centro de Africa. El rio Niger, navegable unas mil quinientas millas á lo interior, baña ricos y opulentos pueblos, entre los cuales recordamos ahora el fértil Comboucton, la parte occidental del imperio de los Fellatahs, el Borbu, cuya capital es Bonssar, el Yasubri, el Nife, Babba, ciudad mercantil opulenta, la Calunga, capital del Yarrifa y poblacion fortificada, y tambien el reino Foundo, situado en los montes de Hong hasta desembocar finalmente frente á nuestra isla de Fernando Póo. En esta isla, pues, ha puesto la naturaleza la llave del Niger, y parece destinada á ser el vehículo que lleve el comercio europeo á unos países para los cuales empieza á despuntar aunque perezosamente la auréola de la civilizacion. En este supuesto, aunque cuando la isla de Fernando Póo no fuese de suyo tan rica y fértil como veremos mas adelante, su posición geográfica debería bastar por sí sola para que el gobierno español no la mirase con la incalificable indiferencia que hasta aquí. Por lo demás, sus tierras vírgenes habitadas por razas inofensivas y hospitalarias, sus tierras que no se han explotado todavía, son abundantes en oro, marfil, palos de tinte, pieles, maderas finas de construccion, aceite de palmas y exquisitos frutos.

Los ingleses, que en materia de apreciar su interés van delante de todos, han comprendido hace tiempo la importancia de esta porcion del Africa, como lo prueban sus repetidas expediciones á ella desde 1830, la efectuada en este año por Laig y los hermanos Llander, la de Guillermo Alleng en 1833 y otras hasta las de nuestro Gobernador M. Becroff en 1835 y 1844. He aquí lo que acerca de la importancia de nuestra isla dijo en cierta ocasion un periódico de Lóndres que se distingue por sus excelentes apreciaciones. « Tenemos, decía, necesidad de formar un establecimiento mas central y cómodo que el que existe; y que bajo este aspecto pueda facilitar nuestras comunicaciones industriales con el interior de este vasto continente. La colonia de Sierra Leona no es susceptible de corresponder á tan vastas miras, carece de rios navegables, y su suelo ligero por naturaleza, produce muy poco. Por otra parte su clima mortífero opondrá siempre un obstáculo invencible á una empresa tan importante. La gran Bretaña necesita nuevas fuentes de comercio: el despacho de los productos de sus manufacturas reclama nuevos consumidores: es cierto que la actual condicion social de las tribus africanas promete poco por ahora, pero cuando se lleguen á establecer relaciones libres con los mas inteligentes, cuando se les haya hecho apreciar el valor de las artes europeas, inculcándoles la moral y los usos de la civilizacion; este continente inmenso sumergido hoy día en las tinieblas de la ignorancia y la barbarie se convertirá en un mercado importante para la salida de nuestras mercancías, y tanto mas importante cuanto que para aquel tiempo la concurrencia de las demás naciones comerciantes nos habrá cerrado en gran parte los mercados del viejo mundo... Benin, en este punto es donde convendría formar una colonia permanente, pero es muy enfermizo. Si este rio Niger es navegable por mas de 1300 millas, podemos comerciar hasta en el corazon del Africa... en las orillas hay dos veces mas movimiento mercantil que en el alto Rhin; su poblacion es toda comerciante; hombres, mujeres y niños, todos trafican... En la isla de Fernando Póo situada á su embocadura, es donde debiera establecerse el cuartel general del poder británico en estos mares. »

Hagamos ahora una breve historia de todo lo que España ha hecho para la dominacion y colonizacion de la isla, que por fuerza tiene que ser breve, muy breve. Firmado en 24 de marzo de 1778 el tratado en el cual la nacion portuguesa cedió aquella posesion, el gobierno español organizó una expedicion compuesta de la fragata de guerra *Catalina*, y otros dos buques de menor porte tripulados por 150 hombres entre operarios y tropa, con los pertrechos, armas, provisiones correspondientes y una pequeña suma de dinero. Esta expedicion, cuyo mando obtuvo el brigadier conde Argolejos, y de la que era segundo jefe el coronel de artillería D. Joaquin Primo de Rivera, salió de Montevideo el 17 de abril del mismo año. El 21 de octubre llegaron á Fernando Póo, el 24 tomaron posesion de la isla, y partieron al día siguiente para hacer lo mismo en la de Annobon. Desde este momento todo fué desastre y luto para la expedicion española. Murió en la travesía el conde de Argolejos, hicieron armas contra su sucesor Primo de Rivera los naturales de Annobon, se sublevaron contra él mismo muchos de sus soldados, y regresó en fin la armada á Montevideo con su jefe, y 22 hombres solamente que habían sobrevivido á la guerra, á las privaciones, á las calenturas africanas contra las que no podían oponer los remedios del arte y el buen trato. En tanto en Madrid se dictaban órdenes para la toma de posesion, y se escaseaban los recursos de todos géneros con que había de lograrse.

Olvidada desde esta fatal época la isla de Fernando Póo, los ingleses pensaron en aprovecharse de este des-

cuido, y en 1826 fijaron en ella la vista para que fuese el punto de apoyo de sus excursiones científicas, comerciales y explotadoras al Niger, pensando tambien en hacerla residencia del tribunal mixto para la abolicion del tráfico de esclavos, que se halla en Sierra Leona. Sin embargo, nuestro gobierno entónces protestó contra la expedicion inglesa al mando de Obben, y la Inglaterra respetando el derecho que á la España asistía, renunció á su proyecto, hasta 1839 en que insistió en él con mas fuerza, aunque por otros medios. Propuso la compra de ambas islas al gobierno español mediante la suma de sesenta mil libras esterlinas, con aplicacion al pago de la deuda, y esta propuesta que presentó á las cortes en 1841 el ministro de Estado, entónces D. Antonio Gonzalez, fué rechazada como era justo por las mismas, por la prensa, y por la opinion pública. El honrado ministro, lejos de irritarse por la enérgica oposicion que el país manifestaba á desprenderse de aquellas posesiones, dispuso con sus cólegas una nueva expedicion á Fernando Póo, la cual fué confiada al capitán de navío D. Juan José de Lerena, el que se dió á la vela en el Ferrol el 18 de diciembre de 1842, á bordo del bergantín Nervion con direccion á Sierra Leona. He aquí la manera con que el ilustrado misionero que fué de aquellas regiones, el licenciado D. Gerónimo María de Vera y Alarcon refiere los resultados de esta expedicion.

« Con 21 días de navegacion arribó á Sierra Leona, el 9 de enero de 1843 á las 9 de la mañana; 29 días permaneció Lerena en Sierra Leona ocupado en adquirir datos de la mayor importancia, y cuyos documentos obran en la secretaría del ministerio del ramo. El 6 de febrero, á las dos de la tarde abandonó á Sierra Leona, haciendo rumbo á Fernando Póo, adonde arribó el 23 del mismo, fondeando en la bahía de Clarence. Los 13 días que estuvo en bahía los aprovechó de un modo extraordinario. Entre sus actos merecía particular mencion la energía que desplegó para arrojar de la isla á los agentes de la compania inglesa llamada del Oeste de Africa que hacia catorce años se aprovechaban de las hermosas maderas de que abundan los bosques de aquella isla. En seguida, con una solemnidad que deslumbró á los naturales, proclamó por reina y soberana de aquellas islas á Doña Isabel II, trocando en Santa Isabel el nombre de la capital conocida hasta entónces con el de Clarence. Recibió á nombre de S. M. los homenajes de los jefes negros (Escorocos) á quienes hizo magníficos regalos, quedando en relaciones y buena armonía con los mismos. Y para asegurar en lo sucesivo el buen orden y concierto y mejor administracion de la isla, nombró por gobernador al caballero Becroff para que en union de un consejo de gobierno compuesto de los mas principales del país, contribuyese al bienestar de sus habitantes.

» A las nueve de la noche del 8 de marzo se dió á la vela con direccion á Corisco, en cuya bahía fondeó el 15 del mismo á la una de la tarde. El cometido de Lerena respecto de esta isla se reducía únicamente á adquirir datos y pormenores acerca de la quema que en 1840 habían hecho los ingleses de unas factorías españolas: pero prendados los naturales del buen porte de Lerena y de cuantos le acompañaban, le pidieron con instancias cartas de nacionalidad española. Para el efecto se reunieron los ancianos de la isla, gobernadores natos de la misma, bajo un frondoso árbol y colocando á Lerena en el sitio de preferencia, le hicieron presentes sus deseos. Concedida que les fué la carta de naturaleza é incorporacion á los dominios españoles, le recibieron en medio de una grande algazara y entusiasmo.

» Cuatro días solo se detuvo Lerena en Corisco, pasando en seguida á Annobon, adonde arribó el 22 del mismo á las diez de la mañana. Aquí se contentó con proclamar á S. M. la Reina del mismo modo que lo había hecho en Fernando Póo; vistió al gobernador negro á la española, y para satisfacer los sentimientos piadosos de sus habitantes, quienes á pesar de ser católicos, hacia setenta años que no habían visto por sus playas á un ministro de Jesucristo, dispuso que se cantara una misa solemne á bordo del bergantín.

» Otros cuatro días como en Corisco pasó el capitán Lerena en Annobon, dándose en seguida á la vela para Cádiz adonde arribó á las once de la mañana del 15 de abril de 1843. »

Indudablemente el ministerio que entónces gobernaba, había llevado á cabo la obra, pues en vista de los buenos resultados de la expedicion de Lerena, nombró una junta que en union de este examinó detenidamente el negocio, acordando entre otras cosas una nueva expedicion y el que se confiriese el mando de aquellas islas á Lerena. Pero los sucesos políticos que por aquella época conturbaron los ánimos de todos, y el cambio repentino que experimentó la administracion pública esforzaron la realizacion de un proyecto que contaba en su apoyo la buena fe y el entusiasmo que había inspirado.

El día 28 de julio de 1843 salió no obstante de Cádiz otra expedicion al mando del capitán de fragata D. Nicolás de Mantecola, compuesta de la corbeta *Venus*, de 20 cañones de porte, y tripulada por 28 hombres de las brigadas de artillería de marina, y 125 de gente de mar. Esta expedicion, mas que de militar estaba revestida de un carácter explorador y religioso. A bordo de la *Venus* iban algunos misioneros y empleados, contándose en los primeros al licenciado Vera de Alarcon, á quien hemos ya citado, y cuyo celo por la conservacion de nuestras posesiones de Guinea le hacen con otras muchas prendas un eclesiástico apreciableísimo.

La *Vénus* hizo rumbo á Santa Cruz de Tenerife, y despues de hacer víveres en la Gran Canaria, fondeó en Sierra Leona el 25 de octubre de aquel año, no llegando á Fernando Póo hasta el 24 de diciembre por haberse ocupado Mantesola en reconocer las posesiones de Cabo-Costa y Acra. Una vez en la isla, los expedicionarios no fueron ciertamente muy afortunados. Ni pudieron crear una escuela española, ni fundar un templo católico que sustituyese al protestante, único existente allí, ni hacer en fin nada de cuanto se proponían, de manera que la isla de Fernando Póo continúa en el mismo estado de abandono y extrañeza por parte de España.

Esta isla, montuosa en su mayor parte, tiene valles deliciosos y llanuras fértiles que riegan algunos riachuelos que van á desembocar en la bahía de Santa Isabel (a) Clarence, muy cerca de este pueblo que es el único regular que existe allí, y el que sirve de capital. Unos afirman que las dimensiones de la isla son las siguientes: 17 leguas de longitud, 3 de latitud, y 25 de circunferencia. Otros las fijan de este modo: 14 de longitud, 10 de latitud, y de 43 á 48 de circunferencia.

Aunque la temperatura es bastante calorosa, la que reina generalmente en el continente vecino es ménos benigna y saludable; pues mientras que en este el calor está por término medio de 38° á 52° del centígrado, en nuestra isla no sube sino de 34° á 43°. En los meses de las lluvias, que son junio, julio, agosto y setiembre, el calor disminuye bastante. En Fernando Póo no se padecen las enfermedades contagiosas que siembran la desolacion y el luto en Africa; no se padece allí ni el gusano de Guinea ni la elefantiasis, el hidrocele y las escrófulas.

Vamos á hablar ahora de la poblacion de Fernando Póo, y de las razas indígenas en que está dividida, y de otras particulares que puedan interesar de algun modo el que no tenga noticia de aquellas y desconocidas regiones, tan poco mencionadas por los viajeros é historiadores.

No hay mucha conformidad en el número de habitantes existentes hoy en Fernando Póo, aunque aproximadamente puede fijarse en 15,000, poblacion escasa á la verdad para las dimensiones de la isla y los buenos productos de ella, pero grande si se atiende al abandono en que se ha mantenido siempre, y á la ninguna colonizacion que ha recibido. Estos habitantes se dividen en razas y las razas en familias; unas son originarias ó propiamente llamadas indígenas, y otras extranjeras. De las primeras no hay en realidad mas que una, en quien residen todos los privilegios y distinciones, que es la que lleva el nombre de *gubi*. De las segundas las mas conocidas y numerosas son las de los Crumanes, Tienane, Acra, Cabo-Costa y Jamaica.

La Bubi está dividida en familias que capitanean ciertos jefes ó caciques denominados *Cocorocos*. Los nombres de las principales familias bubis son los siguientes: *Pata-huila*, *Basipu*, *Baile*, y *Banepa*. En el casi completo estado de barbarie en que esta gente se halla, no obstante su índole naturalmente buena y hospitalaria, sus racionales instintos, y su gran cariño á los europeos, comparten sus quehaceres entre la pesca y la caza, lo que constituye tambien sus únicos medios de subsistencia. No son muy aficionados á las faenas del campo, á pesar del cual se dedican con mediano éxito al cultivo del ñame, tabaco, y otras plantas indígenas. Imitan en lo general á sus vecinos del continente en el gusto por los recreos y adornos; así es que se pintan el rostro, se llenan de bermellon la cabeza, hasta hacerse una peluca roja que oculta de todo punto el pelo, y usan pendientes en la nariz. Envidiosos de nuestras barbas y bigotes que no les ha concedido la naturaleza, suelen llevar postizas ambas cosas, con lo cual creen que se revisten de mucha gravedad, y que adquieren la dignidad europea.

El gobierno primitivo, ó sea el patriarcal, es el que se conoce entre estos buenos isleños. Ya hemos dicho que la raza Bubi se divide en familias, y que al frente de cada una está el Cocoroco, que es el patriarca de ella, el cual acostumbra á aconsejarse en negocios graves con los ancianos y experimentados de la misma familia, á quienes reúne en forma de senado.

Digamos algo de las creencias religiosas y de sus ideas en materias de justicia; parécenos que ya algun lector nos lo pregunta, acosado de ese comun sentimiento de curiosidad que inspira siempre la personalidad de un pueblo desconocido. Los naturales de Fernando Póo, tanto los bubis como los pertenecientes á las demás razas, adoran un Dios cuya unidad reconocen, y al cual por una coincidencia que llama la atencion dan un nombre que suena como Yohobah. Mas buenos y nobles que sus hermanos de Africa son tambien ménos supersticiosos, y no se entregan á aquellos actos de barbarie y ferocidad que hacen aborrecibles los fastos de la idolatría. Desgraciadamente, aunque isla española, Fernando Póo no profesa ni entiende todavía nuestra santa religion: unos anabaptistas ingleses que han establecido en Santa Isabel una iglesia, son los que empujan á atraerlos á la suya. He aquí otra de las razones que á nuestro gobierno debieran impulsar á la ocupacion y colonizacion de aquellas posesiones.

En cuanto á las ideas de justicia, estos negros que carecen de todo conocimiento legal, é ignoran completamente nuestra civilizacion aborrecen profundamente el adulterio y le castigan cortando ambos brazos á la mujer delincuente. La poligamia se autoriza entre ellos con poca diferencia lo mismo que en otros puntos, el gusto suele ser general en Africa y en lo que no es Africa.

En cuanto á las otras razas, pocas palabras bastarán

para darlas á conocer. La de los Crumanes, que es pequeña, procede de Settrakron, país continental al Occidente, y ofrecen la particularidad de que se circuncidan la frente en la niñez. Están esparcidos por todo el Africa, y se dedican á conducir grandes pesos; hacen allí el papel de *vehículos* que los gallegos acá. Las Timané, Acra y Cabo-Costa son originarias de Sierra Leona, y han acudido en muy corto número á buscar fortuna á Fernando Póo; en nada se diferencian por consiguiente del resto de Africa. En cuanto á la Jamaica, se compone de un cortísimo número de familias emigradas de la Antilla del mismo nombre que poseen los ingleses. Ya hemos dicho que los bubis son hospitalarios; con efecto todas las razas citadas han encontrado proteccion y bienestar en Fernando Póo, aunque obediendo y respetando siempre á aquella como verdadera señora de la isla, y en quien residen todas las dignidades y privilegios.

EMILIO BRAVO.

Los infiernos.

No hay una religion que no tenga su infierno; no hay un culto que no enseñe este dogma terrible que se puede llamar el código penal de los libros sagrados de todos los pueblos. Infierno y paraíso, castigo y recompensa: tal es la antítesis misteriosa propuesta á la fe del hombre; los dos caminos que parten del sepulcro y deben separar un día, segun la amenaza terrible, á la gran familia humana. El hombre no se ha contentado con las vagas indicaciones que le dan los libros sagrados de los diferentes cultos; ha explorado frecuentemente las sombrías y tétricas regiones de la muerte por medio de las visiones de su imaginacion; á los versículos de las lúgubres profecías ha añadido comentarios espantosos. En una palabra, al lado del profeta que afirma y del filósofo que explica, cuenta el visionario é inventa el poeta.

Nos parece oportuno ofrecer al lector una confrontacion rápida de los dogmas, de las visiones y de los poemas. Quizás un descenso rápido al través de los negros espirales de todos esos infiernos sucesivos, desde el Tártaro de Homero hasta el Pandemonium de Milton, interesaría á los que son aficionados á seguir la metempsicosis de mi idea entre los cultos y civilizaciones sucesivos, esas transmigraciones inmensas de la humanidad.

El infierno mitológico, que nos entretiene tan solemnemente en el colegio como podría hacerlo un flamin ó un gerofante, es mezquino y carece de terrores. Caron y su barca, Minos y su urna, Ixion y su rueda, las Danaidas y su tonel desfondado, todo eso parece haber sido inventado para farsas y mascaradas. Solo el suplicio de Tántalo es de una poesía elevada. Aquella rama cargada de frutas, aquellas ondas irónicas, que se ofrecen continuamente para satisfacer el hambre y la sed devoradora del supliciado, y se retiran velozmente cuando quiere morder ó beber, constituyen uno de los símbolos mas dolorosos y magníficos que se pueden imaginar. Tambien Prometeo atado á la roca Africana y expuesto á los picotazos terribles del buitres; Titan vencido y echado bajo el monte que Júpiter ha hecho caer sobre él, como si estuviera bajo la rodilla colosal del atleta vencedor, y que promueve temblores de tierra cada vez que muda de postura, son creaciones sublimes; pero estos dos tipos grandiosos no pertenecen propiamente al infierno. Fuera de ellos, todo es frio, pueril, sin elevacion; y no nos extraña el *nec pueri credunt ista* de Juvenal. El cielo pagano tampoco tiene conceptos mas elevados ni majestad que el infierno; la mitología griega es esencialmente terrestre, y sus dioses no son verdaderamente divinos mas que cuando descienden del Olimpo.

El infierno de los chinos concuerda perfectamente con la deformidad grotesca de las pagodas del Celeste Imperio. Segun los bonzos (sacerdotes chinos), las almas criminales comparecen ante el tribunal de los *Chi-mig-wang*, los diez reyes de las tinieblas, presidido por *Tan-to*, rey de los *Ti-jo*. El procedimiento es el mismo que el que se observa en los tribunales chinos: las causas que se forman á las almas en su infierno están caldadas por las que se forman á los criminales en el tribunal de Pekin. Cuenta diez y seis infiernos grandes, ocho de fuego y ocho de hielo, y diez y seis infiernos pequeños que sirven de antecámaras á los grandes. Los condenados los atraviesan en una progresion ascendente. Los suplicios son muy variados: unos se agitan en las olas abrasadoras de un rio de cenizas calientes que corre en medio de un bosque de espadas cuyas hojas desgarran y mutilan las manos de los que tratan de agarrarse á ellas; escanceadores infernales vierten eternamente en la boca de otros un chorro de cobre derretido. A los embusteros se les corta la lengua, á los ladrones se les echa á rodar continuamente por el declive de una colina formada de puntas de cuchillos muy afiladas, etc. Entre estos tormentos se arrastran dragones fantásticos arrojando llamas por sus bocas inmundas. Las innumerables subdivisiones gerárquicas que dividen hasta lo infinito la sociedad china, se reproducen tambien allí. Hay suplicios de primera clase, de segunda, de tercera, etc. Es una especie de mandarinato infernal.

El infierno musulman es mucho mas poético; es uno de los relatos mas curiosos de las mil y una noches que cuenta la Schéhérazade oriental, y de la cual el Alcoran no es mas que un capítulo.

Segun Mahoma, antes de la resurreccion universal,

caerá durante cuarenta años una lluvia milagrosa sobre todas las tumbas y cementerios esparcidos por el globo; esta lluvia fecundizará y hará revivir las áridas osamentas de los muertos; las hará germinar y surgir de sus sepulcros como los granos en las tierras, y en el día prefijado la gran cosecha humana se levantará en masa. El sitio designado por el profeta para el juicio final es la Siria. La caravana de los muertos se pondrá entónces en camino hácia el sitio en que están citados por Alá. En cuanto á los medios de transporte, los justos hallarán al lado de sus tumbas camellos blancos como la nieve, veloces como el rápido vuelo del águila, y adornados con sillas de oro y pedrerías; y los malos tendrán que ir arrastrándose por la tierra como reptiles miserables. Sin embargo, el juicio final no seguirá inmediatamente á esta convocacion general, y Alá se hará esperar mas tiempo que otro cualquier rey de la tierra, porque seria, segun unos, 50 años, segun otros 300, y algunas explicaciones del Alcoran afirman que tardaría 5,000 años. En este intervalo los hombres permanecerán en pié mirando al cielo sin recibir orden ni mensaje alguno, y durante esa espera tan prolongada principiará el infierno para los malos. Uno de sus mayores tormentos será un sudor prodigioso que brotará de todo su cuerpo como sale el agua por las hendiduras de una peña. Este sudor abrasará sus bocas con su sabor amargo; segun la proporcion de sus crímenes los sumergirá lentamente con su crecida continua; á unos los subirá hasta los tobillos y á otros hasta las orejas. Este sudor no provendrá solamente de hallarse amontonados sobre la arena tantos millones de hombres, sino de la inmediacion del sol que Dios había lanzado sobre ellos, y que solo distará de la tierra « la longitud de un quinzon. » Bajo la impresion de aquel calor ardiente, su cabeza echará humo como la vasija que está cociendo al fuego y cuyo vapor levanta la tapa; pero los justos estarán libres de este suplicio, porque al lado de este mar de sudor hirviendo, se extenderá como una plaga la sombra inmensa y fresca del trono de Alá. Sentados en esta sombra esperarán los justos. Por fin, bajará Dios de su cielo, y ese juicio final esperado tanto tiempo, dice el profeta que solo durará « el tiempo que se invierte en ordeñar la hembra de un camello. » Un puente llamado *El Sirat* será echado en medio del infierno; este puente será mas angosto que un pelo y mas agudo que el filo de una cimitarra; malezas formadas de hojas de cimitarras y ganchos de hierro muy agudos le obstruirán por ambos lados. Todo el género humano desfilará por este puente, y esta será la prueba irrevocable; porque los justos, guiados por los ojos negros de las huris, que les tenderán los brazos desde el cielo, le atravesarán á vuelo de pájaro, rozándole apenas con sus ligeras plantas, al paso que los malos tropezarán al primer paso que den, y caerán de cabeza en los abismos del infierno, que estarán abiertos debajo del puente.

Este infierno tiene siete puertas y siete pisos, destinados á recibir otras tantas clases de condenados, que son: los musulmanes, los cristianos, los judíos, los magos, los paganos y los hipócritas. El Pluton musulman se llama *El Thabekki*, que quiere decir el verdugo. Su trono está cubierto por la sombra que da el ramaje gigantesco del *zacoum*, árbol viviente cuyas frutas son cabezas de diablos. Mahoma ha descrito muy prolijamente los tormentos del *Gehennam* en su Coran y en sus tradiciones. No trasladaremos aquí los pormenores minuciosos de aquellas penas, que varían á proporcion de los crímenes del que las sufre y del rito en que se halla. Segun dice, el condenado cuyo tormento sea mas ligero, llevará siempre sandalias de hierro candente. Pero al paso que el *Gehennam* será un infierno para los infieles, solo será un purgatorio para los musulmanes. Segun una tradicion de Mahoma, despues que el calor haya despojado sus cuerpos de su piel como de una vestidura, serán admitidos en el cielo.

Abramos ahora las *Védas* y las leyes de *Manou*, y veamos los castigos que imponen esos idólos terribles de brazos séxtuplos y de nariz con trompa de elefante, acurrucados hace seis mil años en el fondo de las pagodas de *Benares* y de *Delhi*.

El bramaismo cuenta veintium infiernos ó *naracas*, situados en los siete *patalas* ó globos inferiores. El Pluton suyo se llama *Jama*, *Jama-pour* es su corte y residencia. Ante él comparecen las almas pecadoras; al pié de su tribunal está colocado *Tchibra-goupta*, el escribano infernal; él es el que compulsa el legajo de sus crímenes, y el que les lee la sentencia que los coloca en uno de los pisos del abismo infernal. Los suplicios de los réprobos están variados hasta lo infinito: unos son arrastrados sobre pendientes de filos de hachas por una cuerda que atraviesa sus narices como la de los búfalos; otros son aplastados por los piés colosales de los elefantes; otros están condenados á pasar por el ojo de una aguja; otros están colocados entre dos trozos de piedra, que uniéndose y separándose sin cesar como los dos brazos de una tenaza, los aplastan innumerables veces sin concluirlos de matar. Hay otros tambien que nadan en estanques fétidos de excrementos de perro; pero este infierno no es eterno; tiene por complemento espíatorio la metempsicosis. Despues de una permanencia mas ó ménos dilatada en el *naraca*, las almas de los pecadores pasarán por todo un cielo de transmigraciones nobles y dolorosas. Así el que haya matado la vaca de un *brama* pasará al cuerpo de una vaca; y permanecerá en él tantos años como pelos tenía la vaca que mató. El homicida pasará al cuerpo de un tigre; el *brama* que haya bebido licores espirituosos al de un camaleon. Un libro entero de las leyes del *Manou* está consagrado á las clasificaciones de esta zoología infernal. No hay

un delito que no esté subdividido en una multitud de partes que corresponden á otras tantas incarnaciones animales ó vegetales. Las metempsicosis destinadas á los ladrones, por ejemplo, bastarian para llenar todo un curso de historia natural. El ladrón de carne se transformará en buitre; el de sal en cigüeña; el de perfumes en rata; el de miel en mosca; el de latón en cisne; el de agua en musaraña, etc., etc.

De aquí proviene el respeto panteístico que tributan los bramas á la naturaleza, y este respeto es el que dió márgen á la fundación de hospitales para los animales enfermos; este es el origen, tal vez, de las sectas frugívoras; la gran familia de los antecesores se arrastra, vuela, anda y nada al rededor del indio. Los silbidos de los reptiles, los aullidos de los animales feroces, el ruido de los mosquitos, los graznidos de las aves, son voces desesperadas que le imploran y le hablan: así es que contempla la creación con el mismo respeto que á las divinidades de sus templos, inclinándose á la orilla de los estanques para tender una pajita á la mosca que está próxima á ahogarse, apagando la tea que le alumbraba cuando ve á la mariposa nocturna revolotear al rededor de su llama, andando de puntillas en el terreno que ocupa un hormiguero, atreviéndose apenas á echar con su abanico de plumas al mosquito que chupa su sangre. Dicen los bramas que el aplastar una hormiga es un crimen tan grande como el matar á un hombre.

El infierno persa se parece mucho al infierno mahometano. Un puente llamado *Tchinevad* es el arco misterioso por el cual han de pasar los muertos para llegar á *Behest* (el otro mundo); allí están *Ormaz* y *Bahman* su asesor. Segun sus sentencias, son admitidas las almas en los coros celestes de los *Uzeds*, génius superiores, ó precipitadas en los abismos inflamados donde residen los *Deus*, genios infernales.

La poesía nebulosa y fria de los pueblos del Norte da una originalidad feroz al infierno escandinavo llamado por ellos *Nifheim*. La reina de él, la Proserpina de este infierno, es *Héla* (la muerte). La habitación de *Héla* es el dolor, su mesa la miseria, su cuchillo el hambre, su vaso la sed, su cama la languidez, etc., etc.; metáforas siniestras y lúgubres que envuelven como una niebla espesa casi todos los dogmas del culto bárbaro de *Odin*.

Hablemos ahora de ese infierno cristiano que ha preocupado todos los ánimos en el espacio de diez y ocho siglos; ese infierno terrible cuya idea hacia temblar en la hora de la muerte, despues de noventa años de ayunos y cilicios á los cenobitas mas rígidos y austeros que espiraban sobre sus lechos de estera ó de cenizas.

Dejarémos correr un poco nuestra pluma á la aventura, tomando la vision del santo, el poema del poeta, la ilusion del supersticioso, la evocacion del hechicero, y el delirio del loco; descifrando rápidamente en esa *comedia divina* lo que ha escrito cada uno: versículos, versos ó embolismos. Empezar por los libros sagrados, nada hay mas confuso que las misteriosas indicaciones dadas por la Biblia. El infierno está designado en el Antiguo Testamento con los nombres de *tinieblas*, *profundidad* y *pozo*. Es una tierra negra en que reina un enemigo eterno; un sitio en que la cama será la podredumbre, y los gusanos la sábana; aguas en cuyo seno gimen los gigantes, ó por otro nombre los *rehaisul*. Esta última denominacion, casa de los gigantes, ciudad de los gigantes, se halla á cada paso; epitafio lacónico y sombrío inscrito por Dios en el sepulcro de aquel mundo antediluviano que le hizo arrepentirse de haber creado la tierra. El Nuevo Testamento no es mas explicito: *llamas eternas*, *llamas exteriores llenas de gemidos* y *de rechimientos de dientes*; tales son las revelaciones confusas é incompletas hechas por Cristo con respecto al sitio de los suplicios reservados á las almas de los réprobos. En estos textos tan concisos y tenebrosos se fundan los comentarios absurdos y tumultuosos que de siglo en siglo se han ido ha-

ciendo. En primer lugar, ¿dónde está situado el infierno? La opinion general le coloca en el centro de la tierra, y casi todos los padres de la Iglesia confirman esta creencia. Tertulio llama á los volcanes *chimeneas del infierno* (*inferni fumariola*). Segun este autor, por el cráter de los volcanes sale el humo colosal de aquellos hornillos. Swedenborg, ese visionario sueco que el autor francés M. Balzac ha tratado de convertir en su celebridad por medio de una de sus novelas mas lindas, supone que la tierra entera está minada por el infierno, y que las cuevas, las hendiduras de los peñascos, los lagos y los abismos son otras tantas puertas ó vomitorios de la region infernal. Pero hay aun otra suposicion mas estrambótica. Un visionario alemán, llamado Swinden, en un libro muy curioso consagrado á esta clase de investigaciones, coloca el infierno en el sol, proposicion

nal comparable á los libros inmortales del Camoens y del Dante; pero seguramente la culpa no es de su historia, sino de sus poetas. La historia de Francia presenta, en ciertas épocas, un interés universal, eminentemente poético y verdaderamente épico, como no puede ménos de suceder en los anales de una nacion que ha tenido por jefes á los dos primeros guerreros y legisladores del género humano, Carlo Magno y Napoleón. Pero el pueblo francés tan ardiente para intentar grandes empresas, y tan pronto para ejecutarlas, ese pueblo tan fecundo en valerosos capitanes, y en hombres de Estado, ha carecido, por efecto de una consecuencia natural, de escritores capaces de contar sus fastos.

Es verdad que para eso se han encontrado hombres en otras naciones que se encargaron de cantar aquellas grandes empresas. Los anales de la Francia son un abundante manantial donde se han inspirado muchas literaturas extranjeras. Los italianos, principalmente, han explotado mucho ese terreno, y desde Pulei hasta Manzoni, los poetas italianos han consagrado su lira á las glorias de la Francia; mas de doce largas epopeyas han visto la luz en Italia sobre Carlo Magno, y en todas ellas se habla de Paris como de la ciudad destinada á reemplazar Roma y á ser la capital del mundo civilizado.

Despues del siglo de Carlo Magno, las cruzadas forman el período mas brillante de la historia francesa en la edad-media. Aquellas maravillosas expediciones fueron imaginadas por los franceses, que no solo las llevaron á cabo, sino que hubieron de coronarlas por la conquista de Jerusalem, y la instalacion de un guerrero francés en el trono de David y de Salomon. Este glorioso episodio ha sido inmortalizado por la Italia. Torquato Tasso, hijo de Bernardo Tasso, que tambien cantó la Francia en su *Amadis de Gaula*, fué el hombre que las musas eligieron para celebrar el valor de Godofredo de Bouillon y de Reinaldo de Montauban.

Sabido es que el Tasso murió en el convento de San Onofre en Roma, y que fué enterrado en la iglesia del mismo nombre. Una simple piedra, cargada con una pomposa inscripcion, marcaba el sitio donde yacia, ántes que se hiciera un monumento digno del Homero cristiano.

M. Fabris, escultor distinguido, es el autor de la obra cuyo dibujo damos.

El cantor de Godofredo de Bouillon se halla sentado sobre una roca, apoyado en un trofeo de armas, entre las cuales se nota un escudo con esta divisa: PRO FIDE; á sus piés, se ve, por un lado una lira, y por el otro un libro abierto, donde se halla trazado el primer verso de la *Jerusalem libertada*; tiene una pluma en la mano derecha y en la izquierda un manuscrito; sobre su pecho cuelga de una cadena el retrato de su padre que siempre llevaba consigo; está mirando al cielo, é invocando á la Virgen Maria á quien llamaba *la musa*, (*O musa, tu che di caduchi allori, etc.*) y de quien espera la inspiracion; el artista la ha colocado en el centro del nicho, coronada de estrellas y rodeada

de ángeles con diferentes instrumentos de música. Encima brilla una cruz de Malta, por cuyos lados bajan graciosamente guirnaldas de arabescos entremezclados de medallones donde están grabados los títulos de las principales obras del Tasso.

En la base, el escultor ha representado los funerales del poeta; forman la comitiva guerreros, sabios, y príncipes de la Iglesia; todas las figuras de ese bajo relieve son retratos, y entre esos personajes, conocidos la mayor parte en la historia, se nota principalmente al cardenal Barberini, autor del *Pastor fiel*; á Tassoniry Bracciolini, y por último á Manzo y Perassi que escribieron la biografía de su ilustre amigo.

A los lados nel mausóleo hay mármoles incrustados en la pared, con los nombres de las personas que suministraron los fondos necesarios para la construcción del monumento; la mayor parte de los soberanos de Europa figuran en el número de suscritores.



El monumento del Tasso, en San Onofre, en Roma.

que trata de probar con una solemnidad ridícula por medio de argumentos extravagantes, tales como estos: el centro de la tierra no sería bastante grande para contener todos los condenados, — cuyo número dice el jesuita Drexelius que asciende á cien mil millones; — el centro de la tierra no contiene suficientes materias sulfurosas para alimentar el fuego del infierno, etc., etc.

(Se concluirá.)

Monumento

ERIGIDO Á LA MEMORIA DEL TASSO EN ROMA.

Con razon se quejan los franceses de no poseer todavía en su idioma un poema épico, una epopeya nacio-